



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

La favorita del sultán

Todo estaba en paz y en calma; se entiende en la relativa paz del mundillo del espionaje, claro… Y de pronto, aparece la noticia circulando por El Otar: tres agentes de la CIA han sido detenidos por los soldados del sultán Omar Al Beida. Una vez encarcelados, son interrogados, y consiguen de ellos la revelación de que la CIA estaba preparando la invasión del sultanato de Otar. Como es lógico, los periódicos de esta parte del mundo se hacen eco de la noticia, que se extiende y se completa: tres agentes de la CIA estaban adquiriendo datos estratégicos en El Otar, con el fin de pasarlos luego a otros agentes de la CIA que esperaban en el sultanato de Meslima, fronterizo al de Otar. En Meslima, la CIA se disponía a dirigir una invasión de Otar utilizando las fuerzas de Meslima, armadas con equipo bélico norteamericano…



Lou Carrigan

La favorita del sultán

Brigitte en acción - 206

Archivo Secreto - 176

ePub r1.0

Titivillus 22.05.2020

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo primero

La señorita Brigitte Montfort, periodista norteamericana, llegó al aeropuerto de Aden, en la punta Sur de la península arábiga, exactamente a las doce del mediodía.

A las doce y quince, sin contratiempo oficial alguno, salía a la sala de espera, donde, igual que en todas partes, recibió miradas de pasmo, de incredulidad. Todas las personas que había por allí, en su mayoría árabes, estaban atónitos ante tantísima belleza, ante tantísima elegancia natural. Un cuerpo perfecto, un rostro delicioso, y unos ojos tan azules y bellos que el mismísimo cielo parecía palidecer de envidia.

Detrás de ella iba un mozo, todavía turulato, llevando su única maleta, mientras ella llevaba solamente un gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas. Y una no menos graciosa sombrilla, también roja con florecillas estampadas, haciendo juego con el maletín.

La sombrilla parecía allí absolutamente necesaria. Apenas salir del edificio del aeropuerto, el sol cayó sobre tan divina pasajera como si fuese un auténtico impacto de fuego. Entonces, ella abrió la sombrilla para protegerse, y miró a su alrededor, con el ceño fruncido en simpatiquísimo gesto.

—¿Taxi, hotel? —preguntó con toda lógica el mozo árabe.

Y contra toda lógica, ella movió negativamente la cabeza. El mozo del aeropuerto se quedó desconcertado, sin saber qué hacer junto a tan preciosa criatura. Depositó la maleta en el suelo, y la miró, expectante, intrigado…

Entonces fue cuando el hombre, de raza blanca, se acercó a ellos. Era un sujeto alto, de hombros anchos y rostro atractivo, pero de expresión malgeniada.

—Hermosa sombrilla —dijo, en inglés.

La superguapísima viajera lo miró amablemente y dijo como

respuesta:

—Es para que no me piquen los mosquitos, señor.

—Aquí no hay mosquitos.

—Bueno, entonces la usaré para protegerme del sol.

El hombre asintió con la cabeza. Dio una propina al boquiabierto árabe, tomó la maleta, y señaló hacia el estacionamiento. La señorita Montfort se colocó a su lado, y caminaron en silencio, hasta llegar al coche, un par de minutos después.

—No hacía falta una contraseña tan tonta —dijo—, usted es inconfundible.

—En ese caso —se alarmó graciosamente ella— estoy perdida… ¡Los rusos, los chinos y otros muchos van a cazarme en seguida…!

—No, no —palideció el hombre—. Quiero decir que es inconfundible cuando a uno le dicen que tiene que esperar en el aeropuerto tal día a tal hora a la más bella pasajera del mundo. Sólo usted podía ser Baby.

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más divina y mortífera del mundo, sonrió angelicalmente.

—Muchas gracias, Simón. Me alegra comprobar que no ha perdido el humor.

—Hace falta estar loco para tener buen humor en estas condiciones —musitó Simón, agente de la CIA.

—Deje de preocuparse: solucionaremos el asunto en seguida.

—¿De veras? ¿Y cómo? Ya sé que usted siempre lo soluciona todo, pero en esta ocasión… No sé. Le aseguro que las cosas están muy mal.

—Las arreglaremos. Al menos, en principio, una parte… ¿Ha habido alguna novedad?

—Que yo sepa, no. La situación… Bueno, será mejor que la lleve a Aden, a mi apartamento: debe estar usted fatigada.

—Más bien aburrida. La verdad es que ya no me divierte viajar. Pero… Bien, nadie va a hacerle daño a mis Simones mientras yo tenga fuerzas para mover un solo dedo.

—Sabemos eso —murmuró Simón—. Pero será mejor que descanse, y así…

—No quiero descansar: quiero empezar a trabajar ahora mismo. ¿Consiguió el helicóptero?

—Sí, claro.
—Pues vamos allá. Iremos a ese sitio… ¿cómo se llama?
—El Otar. Pero, Baby, son quinientos kilómetros más de vuelo, y después del viaje desde Washington…
—Yo me ocuparé de mi fatiga, Simón. En marcha. ¿Sabemos ya cuáles son los tres Simones que tiene ese sujeto?
Simón puso el coche en marcha, mientras movía negativamente la cabeza.
—No. En la actual situación, no es fácil establecer contacto con nuestros hombres en Arabia. Es comprensible que después de lo sucedido haya habido una… desbandada. Supongo que, por sus propios medios, poco a poco, irán apareciendo todos en alguna parte. Es decir, no todos: faltarán esos tres que tiene el sultán Omar Al Beida. Y los dos que están acorralados en El Otar, la capital de su sultanato.
—Es decir, que podemos perder cinco compañeros si no encontramos una solución inmediatamente.
Simón miró de reojo a Baby, y la vio pálida, apretados los sonrosados labios en un gesto de increíble dureza.
—Así es —tuvo que admitir—. Respecto a los dos que están acorralados en El Otar, pues… quizá podamos sacarlos de allí, aunque a mí no se me ocurre cómo. Ojalá que a usted sí se le ocurra. Pero respecto a los tres que tiene ese maldito sultán, las cosas no van a ser fáciles en modo alguno.
—Nunca son fáciles las cosas de espionaje —murmuró ella—. ¿Qué pasó exactamente?
—¿No la han informado en Washington? Yo conseguí enviar un informe de…
—Quiero oír directamente su versión.
—Por supuesto. Bueno, veamos… Todo estaba en paz y en calma; se entiende en la relativa paz de nuestro mundillo, claro… Y de pronto, aparece la noticia circulando por El Otar: tres agentes de la CIA han sido detenidos por los soldados del sultán Omar Al Beida. Una vez encarcelados, son interrogados, y consiguen de ellos la revelación de que la CIA estaba preparando la invasión del sultanato de Otar. Como es lógico, los periódicos de esta parte del mundo se hacen eco de la noticia, que se extiende y se completa: tres agentes de la CIA estaban adquiriendo datos estratégicos en El

Otar, con el fin de pasarlos luego a otros agentes de la CIA que esperaban en el sultanato de Meslima, fronterizo al de Otar. En Meslima, la CIA se disponía a dirigir una invasión de Otar utilizando las fuerzas de Meslima, armadas con equipo bélico norteamericano…

—¿Usted sabía algo de esto?

—¿Yo? —respingó Simón—. ¡Claro que no! ¡Ni yo ni nadie, ya que no es cierto que la CIA tuviese semejantes proyectos! Es decir, yo creo que no… Pero usted ha estado en Washington antes de venir aquí, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues allá le habrán dicho si la CIA había preparado la invasión del sultanato de Otar utilizando armas norteamericanas y personal de Meslima.

—Lo han negado.

—En ese caso…

—Simón: en la central de la CIA me han negado cosas y asegurado cosas…, y luego todo era mentira.

—¿Quiere decir… que la han engañado… a usted? —exclamó el espía.

—En varias ocasiones.

—Bueno… No sé. Francamente, yo no tenía ni la más remota idea de que la CIA pensase efectuar tal invasión. Es todo lo que puedo decirle, Baby. Y yo no le miento.

—Así lo espero.

Simón la miró un instante, y tragó saliva.

—Escuche, estamos en un lío, yo no sé qué hacer… Pero si usted piensa que uno de sus Simones le está mintiendo…

—No pienso nada, Simón. Usted podría estar mintiéndome por órdenes expresas de la central. Pero vamos a dejar eso, porque a mí, realmente, los planes de la CIA me tienen sin cuidado… Y en Washington lo saben. Como también saben que el mejor modo de movilizarme es decirme que algunos de mis Simones están en apuros… o que los han matado. Si los han matado, los vengo. Si están vivos, los recupero, caiga quien caiga. Eso es lo único que me importa. ¿Qué me dice de los dos Simones que están acorralados en El Otar?

—Bien… Ellos consiguieron avisarme por la radio, para decirme

que las cosas se habían puesto tan mal que tenían que abandonar su punto de trabajo, y esconderse en determinado lugar…

—¿Usted sabe ese lugar, lo conoce?

—Sí, claro. Yo dirijo las operaciones en esta región, y he estado varias veces en El Otar: conozco muy bien toda nuestra red regional.

—Me parece estupendo. Bien, esos dos Simones le llaman a usted, y le dicen que las cosas están muy mal, que los hombres de ese sultán han cazado a tres de los nuestros, y que ellos, imposibilitados para escapar, tienen que esconderse. ¿Qué más?

—Uno de ellos está… o estaba herido.

—¿Qué quiere decir? —palideció de nuevo Brigitte.

—Pues… Mire, después de decirme eso, es obvio que tuvieron que alejarse de la radio, así que no he sabido nada más. Y hace de todo eso tres días ya.

—En resumen —se tensó la voz de la divina espía—, tres agentes de la CIA han sido capturados por los hombres del sultán Omar Al Beida; a raíz de eso, las cosas se ponen difíciles para la CIA, y otros dos agentes tienen que ponerse a salvo después de una llamada en petición de ayuda. Ignoramos, entonces, si estos dos hombres están vivos o muertos. Y mientras tanto, los tres que han capturado los hombres de ese sultán confiesan que estaban allí para espiar datos encaminados a la invasión de Otar; invasión patrocinada por la CIA con armas y dirección estratégica de las fuerzas del vecino sultanato de Meslima. ¿Correcto?

—Sí, sí… Correcto.

—Muy bien. ¿Y con qué objeto se dice que la CIA estaba preparando esa invasión de Otar?

—Con objeto de adquirir la explotación de todos los pozos petrolíferos del sultanato para Estados Unidos.

—¡Qué estupidez!

—Bueno… No tanto. Usted debe saber, sin duda, que en Meslima, Estados Unidos ha conseguido la concesión de todas las explotaciones petrolíferas. Y son muy importantes, créame. Pero resulta que también Otar dispone de riquísimos yacimientos de petróleo, y entonces, Estados Unidos también los quiere. Esta es, en definitiva, la versión oficial que ya se ha extendido por todo el mundo.

—De acuerdo. Dejaremos esa cuestión para más adelante, si así procede. Ahora, nos ceñiremos a nuestro trabajo concreto: sacar a cinco hombres de la ciudad de El Otar.

—Santo cielo… ¡Habla usted de ello como si se tratase de ir a recoger florecillas al campo!

—Todas las cosas son fáciles y todas las cosas son difíciles, Simón: depende siempre de cómo se enfoque su realización. Por ejemplo, usted debe encontrar imposible levantar una roca de una tonelada, ¿verdad?

—Sí —se desconcertó el espía—. Claro, imposible.

—Bueno: pues le sería facilísimo utilizando una grúa.

—¿Qué… qué dice…?

—Ya lo ha oído. Lo que es difícil o imposible de una manera, es facilísimo de otra.

—Creo que comprendo. Pero ¿qué clase de grúa piensa usted utilizar para resolver nuestro apuro?

—La mejor de todas: la astucia. De momento, sepa que, prácticamente, los dos Simones que están acorralados pueden considerarse a salvo. Luego, iremos a por los otros tres…, si es que aún están vivos…

—¿Y si los han matado?

—Si los han matado —susurró Baby Montfort—, Alá tenga piedad del alma del sultán Omar Al Beida.

Capítulo II

Hacia las cinco de la tarde, bajo un sol de fuego, el helicóptero descendía en el centro de un raquítico oasis situado en la meseta cercana a la ciudad de El Otar. Tan raquítico, que no era probable que nadie se molestase en pasar por él, sobre todo porque en la misma ruta había dos más que resultaban mucho más confortables y frescos.

Lo primero que hicieron Simón y Baby fue cubrir con amarillentas hojas de palma el helicóptero lo mejor que pudieron. Luego, se sentaron bajo una diminuta sombra, y el agente de la CIA extendió un mapa.

—Estamos aquí —señaló un punto—. Hay casi diez millas hasta El Otar, pero a muy poca distancia de este oasis hay una ruta de camelleros. Es una pista aceptable, incluso pueden pasar coches por ella. Sin embargo, recorrer a pie esta distancia no va a ser fácil, compréndalo.

—Lo que comprendo muy bien es que no podemos llegar a El Otar en helicóptero. ¿Cierto?

—Cierto —masculló Simón.

—Entonces, tendremos que caminar esas diez millas.

—Tardaremos no menos de cuatro horas…

—Quizá consigamos hacer «camello-stop» —sonrió Baby.

—¿Qué?

—Digo que quizá algún camellero se apiade de dos pobres caminantes y nos deje montar en alguno de sus camellos.

—¡Usted está bromeando! ¡Si esa gente ve a dos blancos por aquí…!

—Naturalmente que estoy bromeando, Simón. Así que haremos el camino a pie. Veamos esas ropas.

Simón deshizo el paquete que había tenido en el helicóptero, y extendió sobre la roja tierra las prendas árabes. Cuatro equipos

completos, incluidas las babuchas, y, por supuesto, las chilabas, una de ellas más pequeña, listada en diversos colores.

—Puesto que llegaremos de noche —murmuró Brigitte— no creo que nadie pueda vernos lo bastante bien para descubrirnos. ¿Qué me dice de la ciudad de El Otar?

—Es un poco asombrosa en estos lugares.

—¿Asombrosa?

—Sí. Tiene casas de cinco pisos, y algunas de más. Están hechas de ladrillos de tierra… De arcilla, creo. El Otar es una ciudad bulliciosa, hay mucha gente. Se dice que tiene más de dos mil años.

—Zambomba. Bueno, de todos modos, sería fácil derribarla de unos cuantos cañonazos, si las casas son prácticamente de arcilla.

—Cuando se construyeron ese tipo de ciudades, no había cañones.

—Eso es cierto. ¿Y por qué las hicieron tan altas? Con tanto sitio alrededor… Deben ser muy incómodas.

—No sé. Pero al menos, allá, sus gentes se sentían a salvo de los ataques de los beduinos. Es muy difícil entrar en una de esas casas si sus moradores no quieren permitirlo… Y también es muy difícil salir… si hay alguien afuera dispuesto a impedirlo.

—Ya. ¿Por qué me dice eso?

—Nuestros dos compañeros están en una de esas casas. Digamos, en uno de los… «apartamentos».

—Entiendo. Pero ya le digo que no se preocupe por ellos. Por esos dos, al menos. ¿Tiene la ciudad puertas que se cierran por la noche?

—Sí, desde luego. Pero ya no son utilizadas.

—Ah… Parece ser que ahora, los ocupantes confían en el prójimo, ¿verdad? Mal hecho.

—Supongo —Simón la miró fijamente— que usted sabe sin lugar a dudas que nos vamos a jugar la cabeza entrando ahí, Baby.

—Lo supongo. Y ya que hablamos de esa clase de dificultades… ¿sabe qué ciudad me gustaría visitar?

—¿Cuál?

—La Meca.

—¡Fiuuu…! —silbó Simón—. ¡Nada menos que la Ciudad Santa! Le diré una cosa: allá, los infieles no son precisamente bien vistos. Y desde luego, siempre hay fanáticos que sin más complicaciones le

cortarían el cuello a cualquier blanco que viesen en su Ciudad Santa. En El Otar son más tolerantes… en condiciones normales. Pero después de esto de la CIA, no sé… Es decir, sí lo sé, ya se lo he dicho: nos vamos a jugar la cabeza.

—Usted, no. Entraré yo sola… Mejor dicho, entraremos juntos, usted me indicará la casa y el piso donde se supone que están nuestros compañeros, y luego se alejará, para esperarlos a ellos en el lugar que le parezca oportuno. ¿Conoce alguno?

—Bueno, la Puerta de Obaida sería ideal… Pero espere un momento: ¿qué ha querido decir con eso de que yo los espere… *a ellos*?

—Yo no saldré. Me quedaré en El Otar.

Simón palideció, y se quedó mirando con expresión desorbitada a la espía más peligrosa del mundo.

—Por Dios —jadeó—. ¿Qué está usted diciendo?

—No voy a marcharme dejando ahí a otros tres Simones, ¿no le parece?

—Pero… pero…

—En cuanto a usted, aunque está muy bronceado, creo que debería aplicarse un poco de mi maquillaje, para oscurecer más su tez. ¿Sabe lo que más me preocupa de todo esto, Simón?

—No… ¿Qué es?

—Caminar diez millas con babuchas: no va a ser fácil.

No fue fácil.

Pero, cuando hacía ya casi una hora que había anochecido, dos fatigados caminantes llegaban a la ciudad de El Otar, entrando en ella por la Puerta de Obaida, cuyas grandes hojas de madera carcomida y reseca estaban, en efecto, abiertas de par en par.

Con la cabeza inclinada para ocultar sus facciones lo máximo posible, Brigitte Montfort miraba siempre a todos lados, alerta, vigilante. Tanto ella como su compañero de la CIA se habían maquillado el rostro de color barro, y Baby se había colocado unas lentillas negras, pero, realmente, eran unas precauciones muy pobres si las cosas se ponían difíciles. Todo iría bien mientras nadie se interesase por ellos de modo especial. A partir de ese momento cualquier cosa podía suceder…

—Estamos llegando a la Plaza Islam —susurró Simón.

Brigitte podía ahora mirar con más comodidad a todos lados. No

había luz eléctrica, y la de los grandes hachones que iluminaban las calles ponían sombras inquietantes en todas partes. Cierto: había altas casas hechas de ladrillos de arcilla, y en algunas de las estrechas ventanas se veía un resplandor móvil, y sombras… Por las calles caminaba una multitud apretujada, y en las puertas de muchas casas había grupos de personas, conversando. No había un solo automóvil a la vista. Ni uno solo. Pero sí pasaban todavía algunos camellos, cargados con leña o grandes cántaros de agua… Todo tenía un color rojo y negro inquietante.

Pero lo más inquietante de todo eran los hombres a caballo. Hermosos caballos, algunos de ellos de una blancura sorprendente. Estaban por todas partes, en grupos de dos o tres, y llevaban bien visibles sus modernos fusiles.

—Son los soldados del sultán —susurró de nuevo Simón—, no son muy listos, pero eso los hace más peligrosos, porque cuando hay algo que no comprenden, se limitan a disparar.

—Hay muchos…

—Quizá deberíamos alegrarnos de ello: puede significar que no han encontrado a nuestros dos compañeros.

—Ojalá. ¿Falta mucho para llegar allá?

—No. Estaremos ante la casa en menos de cinco minutos. ¿Ha reflexionado respecto a su plan?

—Nada hay que reflexionar, puesto que lo tenía decidido cuando llegué a Aden, Simón.

—No puede salir bien —jadeó el espía—. ¡Es demasiado complicado, y muy peligroso para usted! Por Dios…, ¡usted tiene que estar loca para pretender conseguir todo eso!

—Ssst… No mencione aquí a Dios. Si acaso, a Alá…, o a su profeta Mahoma.

—Es una locura… ¡Una locura! ¡No puedo marcharme de aquí dejándola a usted!

—Puede. Y obedecerá mis órdenes. Piénselo bien, Simón: si usted no hace *exactamente* lo que yo le he dicho es cuando las cosas saldrán mal. Y no sude tanto: se le va a descomponer el maquillaje.

Simón alzó un brazo, dispuesto a pasárselo por la frente, pero lo retiró vivamente, comprendiendo que aquél sería el modo de retirar, en efecto, el sencillo maquillaje que oscurecía su piel.

Siguieron caminando, y poco después, el espía señalaba una de las casas altas.

—Ahí es… Tercer piso. Si no están ahí, no será fácil encontrarlos en un lugar como éste, atestado de gente.

Brigitte asintió con un gesto, mientras contemplaba la casa, desconcertada.

—No veo la puerta —murmuró.

—Está en la parte de atrás. Ya le digo que estas casas son como fortalezas: ponían la puerta atrás, muy pequeña, y así podían defenderla mejor si algún enemigo conseguía llegar a ella.

Pues sí que nos están poniendo las cosas difíciles. No debe haber escalera de incendios, ¿verdad?

Simón la miró, estupefacto…, y tuvo que sonreír, aunque de mala gana.

—¡Demonios! —dijo—, con usted todo parece una broma…

—Esta parte es fácil, no se preocupe. Bien, aquí termina la primera parte de su trabajo, Simón. Hasta la vista.

—Puedo acompañarla para…

—Hasta la vista, Simón. Y no dude de que así será… si usted no me falla.

—Buena suerte —deseó con voz ronca el agente de la CIA.

Caminaron juntos unos pasos más. Luego, Simón desvió su marcha, para regresar a la Puerta de Obaida, mientras aquella mujer de fatigado caminar, encorvada, cubierta con la chilaba listada, se dirigía hacia la casa de arcilla, cargada con el gran paquete. Cosa que no podía sorprender a nadie, ya que, entre los árabes, es la mujer la que lleva siempre las cargas pesadas.

Rodeó la casa, llegó atrás, y suspiró al no ver a nadie allí. Por fortuna, la costumbre de los árabes de sentarse a las puertas de sus casas, no tenía mucho éxito en aquéllas, cuya puerta no daba a la avenida principal, al bullicio, al abigarramiento…

La puerta era pequeña, estrecha, en efecto. Y la oscuridad del zaguán era total. Baby se estremeció, sin poder evitarlo, pero no vaciló ni un segundo. Entró en el zaguán, esperó alrededor de un minuto hasta que sus ojos pudieron distinguir al menos los peldaños pintados de blanco, y emprendió la ascensión.

Primer piso. Segundo piso. Tercer piso…

Tercer piso.

Tenía la impresión de estar en lo más hondo del más negro pozo. Santo cielo: ¿cómo podían vivir así las personas? Porque lo peor, en definitiva, no era la oscuridad, sino aquel olor penetrante a deyecciones. Casi se sentía mal. Los ojos comenzaron a lagrimearle, y tuvo que retirar las lentillas que daban el tono negro a sus ojos. Las deslizó por el escote, mientras pensaba:

«Si no enciendo una luz, voy a dejarme mi linda naricita aplastada en una pared».

Depositó el gran paquete en el suelo, metió las manos dentro, localizó el maletín, lo abrió, y sacó de él la pequeña linterna contenida en un bolígrafo.

La puerta.

Se acercó a ella. Era de gruesa madera de cedro, labrada, pero tan vieja que parecía ir a caer en podridas astillas de un momento a otro. Apagó la linterna, sacó la pistolita del escote, y puso una orejita pegada a la madera. No oía nada… Nada. Normalmente, ella podía percibir la respiración de una persona a través de una puerta. Pero, quizá aquélla era demasiado gruesa, o quizá, si alguien había dentro, había oído rumor afuera, y contenía la respiración.

«Bien —pensó—. No puedo pasarme la noche aquí y así».

Con la culata de la pistolita, golpeó la madera. Pero no de un modo normal, sino muy especial: punto, raya, punto, raya… En pocos segundos, cualquiera que entendiese el Morse habría podido comprender lo que significaban aquellos golpes, que formaron primero tres letras, y luego cuatro.

En total: CIABABY.

Silencio absoluto.

Comenzó a golpear de nuevo, tensa, angustiada. Simón le había dicho que, si los dos Simones no estaban allí, iba a ser muy difícil poder buscarlos en El Otar, de modo que…

Iba por la primera B de Baby cuando, en la madera, sonó un golpecito, adentro. Sólo un golpecito. Baby interrumpió inmediatamente su mensaje, y esperó, muy poco, porque algo crujió, rechinó al otro lado. Estaban descorriendo un cerrojo, seguramente. La puerta se movió, se abrió hacia dentro, y permitió ver la siniestra luz del interior de aquel apartamento; luz que penetraba, como una sucia cuchillada, por una de las estrechas ventanas que daban a la avenida.

La espía asió el paquete, y entró. La puerta se cerró tras ella, y, a su espalda, sonó una voz queda, tensa, crispada:

—No se mueva. Y ponga las manos sobre su cabeza.

Brigitte dejó caer el paquete, y puso las manos en su cabeza, Ahora sí oía una respiración detrás de ella… Luego, una mano llegando por detrás palpó su pecho. Quizá en busca de armas, pero no desdeñó la idea de que, en principio, aquel hombre que tenía detrás se estaba convenciendo de que el visitante era una mujer. La mano tocó un seno, luego el otro… Brigitte no se movió.

—¿Quién es usted? —preguntaron.

—Soy Baby, Simón. Tengo una pistola en mi mano derecha. Puede retirarla, si quiere. También puedo proporcionarle una pequeña linterna, y quitarme estas ropas, para que usted me identifique. Sobre todo, actúe con tranquilidad: he venido a sacarlos de El Otar.

Una mano quitó la pistola de la suya. Luego, fue empujada hacia la estrecha ventana, de lleno a la luz del exterior.

—Quítese esas ropas. No necesitamos linternas para verla bien: nuestros ojos ven ya tan bien aquí como los de las ratas.

Brigitte Montfort obedeció en todo. Se quitó las ropas, y quedó solamente en sujetadores y pantaloncitos. Oyó perfectamente una ahogada exclamación, murmullo de voces…

Luego, la orden:

—Camine hacia la zona más oscura. Pero deje antes esa linterna en el suelo.

De nuevo obedeció la espía. Caminó hacia la zona más oscura, se volvió…, y recibió en el rostro el pequeño círculo de luz, que buscó en seguida sus ojos. Baby ni siquiera parpadeó.

—Por el buen Dios —oyó ahora la voz palpitante de alegría y de incredulidad—. ¿Es cierto?

—Se lo juro por todos los Simones del mundo —sonrió ella.

—Ricky —oyó ahora otra voz, jadeante—. ¿Es ella? ¿De verdad es ella? ¿Es nuestra Baby?

La voz sonaba a ras del suelo, y Brigitte bajó la mirada, pero nada pudo ver. En cambio, seguía percibiendo aquel repugnante olor a deyecciones humanas…

—No lo sé, Arnold… Pero debe serlo… ¡Tiene que ser Baby!

—Dile…, dile que me dé agua… Ricky, quiero agua…

—No tengo agua —casi gimió Brigitte—, pero los voy a sacar de aquí ahora, esta misma noche. Por favor, Simón, déjeme ver a nuestro compañero herido. Tengo algunas cosas en mi maletín con las que podría hacerle una pequeña cura.

La luz de la linternita bajó al suelo. Luego, se deslizó por éste, hacia un rincón, iluminando al hombre tendido allí. Brigitte se acercó rápidamente, y se arrodilló a su lado. La luz se acercó, y dio de lleno en el hombre tendido en el suelo, en el rostro barbudo, demacrado, crispado por el dolor. Unos ojos grandes, claros, buscaban afanosamente, y Brigitte se inclinó más, para que pudieran verla.

—Simón, soy yo, se lo juro… Soy Baby. Lo vamos a retirar inmediatamente a Aden, y de allí saldrá para Washington. ¿Podrá caminar?

Una mano temblorosa apareció en la zona de luz, y se posó en una mejilla de la espía, ardiendo.

—Baby… Baby, deme agua… agua…

—No tengo —se desesperó ella—. No pensé en esto, Simón. Pero tendrá agua dentro de una hora, o menos. Sólo ese tiempo, y tendrá toda el agua que quiera, se lo aseguro. Simón —volvió la cabeza hacia el otro—, venga aquí. Quiero ver la herida.

El espía obedeció. El pequeño círculo de luz iluminó el hombro derecho del herido. La bala había entrado por detrás, y, evidentemente, continuaba allí, pegada al hueso, que seguramente había fracturado.

—El paquete —pidió.

Segundos después, el paquete caía a su lado. Abrió el maletín, sacó unas pinzas normales, y las roció con perfume. No podía hacer nada más. Le dieron la vuelta al herido, la luz quedó fija sobre la herida, y Baby introdujo en ésta las pinzas. El herido gimió, se tensó bruscamente, y de pronto, no menos bruscamente, se relajó por completo.

—Se ha desmayado —murmuró Brigitte—. Mejor.

Tardó casi cinco minutos en sacar la bala, porque las pinzas eran cortas, y tuvo que agrandar el orificio de entrada con el estilete camuflado en su cepillo para el cabello. Fue un trabajo rudimentario, que nadie podría haber resistido consciente, pero terminó satisfactoriamente: la bala cayó al suelo. El frasco de

perfume fue vaciado sobre la herida, que quedó cubierta en seguida por varias compresas. Mientras tanto, el Simón no herido se había quitado la camisa y los pantalones, y fue rasgando ambas prendas en tiras, que Brigitte colocó como vendas en el hombro, mientras murmuraba:

—No podrán marcharse todavía… Tienen que caminar, Simón. Y nada menos que diez millas.

—Imposible. Él no lo resistiría.

—Tendrá que resistirlo. Aunque… quizá podamos acortar un poco la distancia, si ya lejos de El Otar, ustedes descansan y Simón va en busca del helicóptero…

—¿Tenemos un helicóptero? —exclamó Simón.

—Desde luego. Pero lejos de aquí. Y no me parece prudente acercarlo más. ¿Usted no está herido?

—No. Sólo estoy medio muerto de hambre y de sed.

—Eso se arreglará. ¿Quiere fumar?

Simón lanzó una exclamación, y Brigitte encendió dos cigarrillos, tendiéndole uno. La linterna había sido ya apagada, pero ambos podían verse casi perfectamente, sentados de cara a la ventana. Simón fumaba con verdadera ansiedad, y Baby veía su rostro barbudo y lívido…

—¿Qué pasó exactamente? —preguntó de pronto.

—Me parece que ya nos conocían.

—¿Qué…?

—Bueno, creo que nos conocían, que sabían ya que éramos agentes de la CIA…

—¿Los cinco?

—No, no. Aquí solamente estábamos Arnold y yo, muriéndonos de asco y de calor. A El Otar venimos por turno, y nos tocó a nosotros pasar el mal rato. Aquí no hay nada que hacer, pero órdenes son órdenes. Como le digo, creo que sospechaban algo de nosotros, así que nos fueron a buscar al punto de la emisora. Por suerte, estábamos sobre aviso, y pudimos escapar después de informar a Aden. Si no hubieran herido a Arnold, quizá ya no estaríamos en El Otar, pero… no podía dejarlo solo.

—Jamás se lo habría perdonado, Simón —aseguró Baby—. ¿No saben ustedes quiénes son nuestros tres compañeros que están prisioneros?

—Ni idea. Ya le digo que aquí solamente acostumbrábamos a residir dos de nosotros, por turnos. A El Otar lo llamamos el Balneario Pestilente, y venir aquí significa una cura de nervios…, pero una irritación en la pituitaria. Nunca pasa nada. Hasta que pasó. La noticia se extendió por toda la ciudad, y nosotros dos nos apresuramos a informar a Aden, y a escapar, pues se nos echaban encima. Eso es todo.

—¿Dónde tienen a los prisioneros?

—Supongo que en las mazmorras del palacio de ese… tipo con aires de rey. Me refiero al sultán Omar Al Beida.

—¿Lo conoce usted?

—Sí, claro. Es un monstruo.

—¿Un monstruo? ¿Qué quiere decir?

—Mide casi dos metros, y debe pesar más que un hipopótamo. Parece un niño divertido, se las da de generoso y bondadoso, ayuda a todos sus vasallos…

—¿Me está diciendo que podríamos definir a Omar Al Beida como… una buena persona?

—Pues sí —masculló Simón—. Es grande y fuerte como un elefante, pero siempre ha sido un hombre bondadoso. Al menos, hasta ahora.

—Ya. En ese caso, podríamos pensar que quizá Omar Al Beida, en efecto, sabía que ustedes eran de la CIA, pero los toleraba con su reconocida bondad… Hasta que capturaron a nuestros tres compañeros y el sultán se enteró de los propósitos de la CIA. Eso debió encolerizarlo…, y con motivos, a mi juicio. A nadie le gusta que invadan su país, región, provincia, sultanato o lo que sea.

—Tonterías —masculló de nuevo Simón—: la CIA jamás ha tramado semejante plan.

—¿Puede usted estar *completamente* seguro?

—Pues… no. No, claro que no.

—Entonces, no aventure juicios de esa clase. La CIA realiza jugadas que ni siquiera sus propios agentes conocen… ¿Cómo es ese palacio del sultán? ¿Tiene muros muy altos?

—Si está pensando en entrar ahí, olvídelo. No sólo tiene muros altos, sino que hay tanta guardia que…

—Oh, no me preocupa eso: tengo mis propios planes para entrar, y no creo que fallen. Era sólo curiosidad…, por si las cosas se

pusieran feas para salir, no para entrar.

—¿Quiere decir que piensa entrar sin dificultades?

—Exactamente. Les voy a poner una inyección. Simón. A los dos.

—¿Cree que estamos enfermos?

—No es eso. Es sólo una inyección subcutánea. Sus efectos le van a sorprender, pero sobre todo no se preocupe por ellos, pues desaparecerán dentro de unas ochenta o cien horas, ya que voy a inyectarles la dosis máxima, como medida de seguridad.

—No entiendo nada. ¿Qué medicamento es ése?

—Nada de medicamento. Es un… líquido inventado en nuestros laboratorios de la CIA. Se llama «Blackcolor», y consigue que la piel de la persona inyectada se torne negra, durante un determinado número de horas. Luego, los efectos van desapareciendo, y se recupera el color normal de la piel.

—¿Está hablando en serio?

—Por supuesto.

—Pero eso…, eso significa que nosotros podríamos salir de aquí tranquilamente… Cualquiera que nos viese pensaría que somos negros, y como están buscando a dos hombres blancos… ¡Podríamos escapar con toda facilidad!

—Así lo he tenido previsto desde el primer momento. Deme su brazo. ¿O no confía en mí?

Simón soltó una risita, y tendió su brazo a Baby, que le inyectó el «Blackcolor». Luego, hizo lo mismo con el todavía desvanecido herido, lo guardó todo en el maletín, y señaló las ropas del paquete.

—Ayúdame a vestir a Simón con estas ropas. Luego, póngase usted las restantes.

Vistieron al herido, y luego cada cual se puso su chilaba. Finalmente, Baby sacó del maletín un paquete de cigarrillos, alzó uno de ellos, y musitó:

—¿Simón?

—Sí —se oyó la tensa voz de Simón-Aden—. ¿Todo bien?

—Todo perfecto. Pero uno de ellos está herido de cierta consideración. No obstante, caminará hasta la Puerta de Obaida, pues voy a inyectarle dentro de una hora un estimulante. Luego, descansará otra hora, y entonces saldrán los dos de aquí hacia esa Puerta.

—Dos horas: entendido.

—Tendrán muy buena parte de la noche para llegar hasta el helicóptero. Y huelga decirle que espero que entre ustedes dos ayuden al herido a caminar. Al amanecer, pueden estar ya volando hacia Aden.

—Esperemos que así sea. Pero usted también debería…

—Es todo, Simón.

Capítulo III

Era una negra hermosísima, vestida con un ceñidísimo vestido de color dorado que ponía de relieve una anatomía impresionante, con una armonía y pujanza de líneas que parecían increíbles. Pero lo más asombroso, sorprendente e increíble de la hermosísima negra, eran sus ojos, de color azul, del color del cielo.

Esto era tan definitivamente pasmoso que el árabe propietario del pequeño tenderete en la entrada al zoco de El Otar parecía incapaz de cerrar su boca rodeada de grisácea barba. Delante de él, la magnífica negra de los ojos azules removía el montón de ropas, de las que iba separando las que le interesaban. Ropas todas ellas masculinas a juzgar por su tamaño: chilaba, calzones, babuchas, fajas, turbantes…

Por fin, hizo un único montón con todo, lo señaló, y miró interrogante al viejo propietario del tenderete.

Éste dijo algo en árabe, la negra frunció el ceño, moviendo negativamente la cabeza, y señaló con gesto de desprecio las ropas que quería adquirir. Hubo una breve vacilación en el viejo árabe. Luego, volvió a hablar, pero la negra seguía contemplándole con el ceño fruncido…, hasta que hizo un gesto de impaciencia, encogió los hombros que parecían de mármol negro, y abrió aquel curioso maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Para mayor pasmo de la concurrencia, del maletín sacó un puñado de billetes, que tiró sobre las ropas, volviendo a mirar interrogante al vencedor, cuya estupefacción iba en aumento sin cesar. Tomó los billetes, y parpadeó. Era un viejo sinvergüenza, estafador, desaprensivo e inculto…, pero capaz de reconocer los dólares allá donde estuviesen. Dólares. Billetes de los Estados Unidos. Nada menos que el dios dólar.

Cerró la huesuda mano sobre los billetes, y asintió con la cabeza. La negra también asintió. Extendió una de las chilabas, y fue

colocando en ella todo lo demás que acababa de comprar con dólares americanos. Juntó luego las cuatro puntas de la chilaba, alzó el bulto así formado, y se volvió… Su ceño volvió a fruncirse al verse ante el semicírculo de relucientes miradas, pero no pareció demasiado impresionada. Adelantó un paso, dio un grito de furia, y los árabes se echaron hacia atrás, sobre todo desconcertados. Con una seguridad que los mantuvo a todos paralizados, la bellísima negra pasó entre ellos, dando manotazos y empujones a los más cercanos, despectiva su azul mirada increíble, centelleante al sol su negrísima piel de una figura jamás vista.

El primero en reaccionar fue el viejo vendedor que acababa de hacer un gran negocio. Pero, el mundo está lleno de desagradecidos, y el árabe era uno de ellos. Hizo una seña al muchacho que le ayudaba, tocándose el párpado inferior de un ojo y señalando luego la mercancía, y echó a correr hacia los dos soldados del sultán Omar Al Beida que, a caballo, montaban guardia en la entrada del zoco, y que en aquel momento sólo tenían ojos para la espléndida negra que se alejaba con su elástico, sugestivo caminar, cargada con el bulto…

En los primeros segundos, ninguno de los dos jinetes hizo el menor caso al viejo, fijos sus ojos como hipnotizados en las caderas de la negra. Pero, por fin, uno de ellos no tuvo más remedio que oír realmente lo que decía el vendedor, y lo miró desconcertado.

Una pregunta por su parte, y el viejo le enseñó los billetes americanos, señalando a la negra de los ojos azules. Otra pregunta, y el viejo asintió con la cabeza… El otro soldado de Omar Al Beida intervino vivamente en la conversación. El viejo enseñaba los billetes, señalaba a la negra, señalaba su propia chilaba, sus babuchas pringosas… A otra pregunta, alzó dos dedos, que parecían dos sucias uñas en toda su extensión, brillantes, oscuros…

Los dos jinetes estaban ahora impresionados, incluso sobresaltados. Uno de ellos, de pronto, comenzó a cabalgar detrás de la negra…

La sensacional negra llegó por fin ante aquella casa alta, construida con ladrillos de arcilla. Durante medio minuto, la estuvo contemplando, con cierta desconfianza. Luego, siempre cargada con la compra efectuada en el zoco, y llevando también el maletín de alegres colorines, caminó hacia la casa, y la fue rodeando, hacia la

parte de atrás, es decir, hacia la puerta de entrada.

Llegó allá, dudó al ver el oscuro zaguán, pero, tras encoger los hombros, entró en él, y emprendió la ascensión de las escaleras pintadas de blanco con cal, que se había desconchado en su mayor parte.

Primer piso. Segundo piso. Tercer piso…

Tercer piso.

La negra se acercó a la puerta, y la empujó. Asomó la cabeza al interior del… «apartamento», no vio a nadie, y entró, ajustando la puerta tras ella. Ya no había más puertas allí, sólo diversas dependencias separadas por tabiques. La negra lo recorrió todo. Luego, se colocó ante una de las estrechas ventanas, y miró hacia la avenida.

Estuvo así un minuto, aproximadamente. Luego, fue adonde había dejado el bulto y el maletín, abrió éste, sacó un envoltorio de lona, y lo dejó sobre las chilabas y demás prendas. Cerró el maletín, se puso en pie, y fue a la puerta. La abrió… y lanzó un chillido cuando tres hombres que habían estado esperando afuera cargaron contra ella sin consideración de ninguna clase. La negra intentó resistirse, pero tres soldados eran demasiado para ella, al parecer, porque pronto la inmovilizaron… Y como seguía gritando, uno de ellos movió su rifle, apuntándolo a su cabeza, lo cual convenció a la negra de que le convenía más guardar silencio, y así lo hizo, mientras sus ojos desorbitados se volvían hacia otros dos hombres que acababan de entrar. Y afuera, en el descansillo, había cuatro hombres más, también armados con rifles, apuntando hacia el interior de aquella vivienda.

Los dos hombres que habían entrado detrás de los tres primeros se plantaron ante la negra, y uno de ellos preguntó algo. Pero la negra movió negativamente la cabeza… El árabe alzó la diestra, y estampó una sonora, tremenda bofetada en pleno rostro de la negra, que comenzó a gritar de nuevo, dando tirones de sus brazos, intentando desprenderse de los tres soldados, sin conseguirlo, naturalmente. El que la había golpeado, insistió en sus preguntas, pero la negra volvió a mover la cabeza con gesto negativo, encogiéndose, gritando…

El compañero del que la había golpeado la salvó de un nuevo bofetón, deteniendo la mano del primero. Hubo un brevísimo

diálogo entre los dos, y luego, a una orden del menos agresivo, los soldados que esperaban en el descansillo entraron en la vivienda, la recorrieron fusil en ristre, no sin cierta aprensión…, y regresaron con gesto de claro alivio, moviendo negativamente la cabeza.

Pero, mientras tanto, el árabe que había golpeado a la negra había abierto el bulto que contenía las ropas, esparciendo éstas por el suelo. Al tomar el envoltorio de lona, notó que pesaba demasiado. Lo abrió…, dejando al descubierto dos pistolas de fabricación norteamericana, que la negra se quedó mirando con expresión aterrada…

Uno de los soldados señaló el suelo, se inclinó, y tomó algo, que depositó en manos de uno de los oficiales: era una colilla de cigarrillo americano, y había algunas más. También encontraron manchas de sangre en un rincón, y una bala.

El agresivo oficial de Omar Al Beida, finalmente, volvió a clavar en la negra sus oscuros ojos, llameantes de ira, y le gritó algo. La negra se encogió de nuevo, temerosa, gimiendo, mientras insistía en negar con la cabeza, como diciendo que «no» a todo. El oficial, más tranquilo, se acercó a su compañero, tuvieron un breve conciliábulo, y, por fin, a una seña del primero los tres soldados arrastraron a la negra hacia la puerta de aquella vivienda con restos de cigarrillos americanos, sangre, una bala, y algunas deyecciones.

La negra no parecía tener, precisamente, un alegre futuro.

Y ciertamente, en los primeros momentos no habían sido amables con ella. La habían atado de pies y manos, la habían colocado sobre el regazo de uno de los soldados montados a caballo, y la habían llevado al palacio del sultán Omar Al Beida… A menos que hubiese allí, en El Otar, otro palacio, cosa que no parecía probable. Por otra parte, llamar palacio a aquella especie de sucia fortaleza de altos muros resultaba un tanto optimista.

Sin embargo, una vez traspuesto el gran portalón doble, la cosa cambió notablemente. Cierto, había muchos soldados…, pero distribuidos por unos bellos jardines en los que había corrientes de agua, surtidores, flores y árboles. Olía a dátiles, se oían piar algunos pájaros y el rumor del agua comente. Todo aquello, bajo el ardiente sol, resultaba de una belleza ruda, sorprendente. Había colores rojos y azules, verdes y amarillos; pero, sobre todo, al fondo, brillaba cegadoramente el blanco palacete de grandes arcadas.

No fueron hacia allí, sino hacia otro edificio, situado a la izquierda, de color tierra, que tenía pequeñas y estrechas ventanas, y parecía un bloque macizo, sin arcadas, sin hermosas ventanas de arcos, sin flores…

Era el alojamiento de la guardia, y, al mismo tiempo, en los sótanos, estaban los calabozos: hediondos agujeros en los que se entraba por el techo, alzando una trampilla de madera.

La negra fue tirada allí, desde lo alto, sin miramiento alguno, y la trampilla cayó en su hueco, dejando aquel repugnante agujero convertido en una caja oscura, maloliente, húmeda, y tan calurosa que la negra comenzó a sudar a los pocos segundos…

Y sudando estaba cuando la trampilla volvió a alzarse, y apareció el rostro de uno de los soldados. Le gritó algo, destempladamente, y una escalera de madera fue introducida en el agujero. La negra tuvo que comprender, y ascendió, Cuando llegó arriba, estaba sudando copiosamente, y parecía poco menos que muerta de miedo, pese a que sólo había estado allí algo más de una hora.

Arriba había tres soldados más, y, con el otro, formaron un cuadro, dejándola a ella en el centro. Cuando comenzaron a caminar, la negra lo hizo también, igual que si estuviese dentro de una jaula con barrotes humanos.

Llegaron ante una puerta, uno de los soldados la abrió, otro empujó a la negra hacia la puerta, y ésta fue cerrada tras ella.

Era un cuarto espacioso, pintado de blanco, con una ventana por la que se veía el soleado cielo azul. Había una mesa, y tras ella un hombre, mirándola con el ceño fruncido. De pie junto a él, otro hombre, también árabe, pero… diferente. Era delgado, vestía a la europea, estaba limpio, y su mirada, directa, era inteligente y serena, apacible. Lo primero que hizo fue mirar los ojos de la negra, y no pudo evitar un leve gesto de asombro al ver aquel par de luces azules que le contemplaban con cierta esperanza.

El que estaba sentado también miraba a la negra, pero con clarísima hostilidad. Habló de pronto, y la negra desvió la mirada hacia él y retrocedió un paso, moviendo negativamente la cabeza. El hombre sentado frunció más el ceño, y comenzó a ponerse en pie, con gesto amenazador, pero el otro le puso una mano en el hombro, murmurando unas palabras, y se acercó a la negra, con gesto

amable.

—Me parece —dijo en francés— que en mi idioma no nos entenderemos… Y no sabemos cuál es el tuyo… ¿Hablas francés, quizá?

La negra lo miraba fijamente, sin reaccionar. A él parecía no tenerle miedo, pero tampoco lo entendía.

—¿Hablas inglés? —inquirió el hombre amable en este idioma.

—Sí —dijo la negra con voz aguda—. Yo habla poco inglés, sí habla.

—Estupendo… Espero que podamos entendernos… ¿Cómo te llamas?

—Babilone.

—¿Babilone? ¿De qué país eres?

—De Sudán. De Nubia.

—¡Ah! —el hombre parpadeó—. Ahora ya no sorprenden tanto tus ojos, pero incluso siendo nubia, resultan extraños.

—Mi padre era blanco.

—Entiendo… Eres muy hermosa, Babilone, muy hermosa… Yo me llamo Suliman, y quiero que entiendas que no debes temer nada de mí…, si nada malo has hecho. ¿Me entiendes?

—Sí, sí, yo entiendo inglés muy bien, muy bien… ¡No he hecho nada malo!

—Me parece que sí —sonrió amablemente Suliman—: llevaste armas y ropas a dos hombres que eran enemigos de mi país. Eso debes saberlo, ¿verdad?

—No… No sé.

—¿No sabes que llevabas armas a dos hombres?

—No. Él me dio el paquete con armas, y dinero para comprar ropa y llevarla a sitio en casa grande.

—¿Él? ¿Quién es él?

—El hombre blanco de los ojos como los míos.

—Ya… ¿Sabes dónde está él, ahora?

—Yo no sabe, no. Él dijo que habría dos hombres en la casa grande, pero no había dos hombres, no había nadie. Yo dejá, entonces, todo el paquete y se va.

Suliman estuvo reflexionando unos segundos antes de asentir con un gesto.

—Será mejor que me lo expliques todo desde el principio, a tu

manera. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Yo habla inglés, sí.

—Ya me doy cuenta —sonrió Suliman. ¿Cuánto hace que conocías a ese hombre de los ojos azules?

—Dos días. Él me dio dólares cinco mil.

—¿Te dio cinco mil dólares?

—Sí, eso.

—Vaya. ¿Dónde…? No, no. Tal como te he dicho, será mejor que me lo expliques todo a tu manera. Yo te escucharé, nada más. Empieza… Desde el momento en que conociste a ese hombre.

—Yo estoy en Aden, y él viene a mí. Habla idioma árabe que yo no entiendo, luego habla otro que no entiendo, luego habla inglés, y yo entiendo. Entonces, dice que va a darme dólares cinco mil si yo hago cosa que él pedirá… Yo trabaja con hombre inglés que pinta, y que quiere tenerme suya siempre, y me toca mucho cuando estoy desnuda…

—¿Trabajabas de modelo con un pintor inglés?

—Sí… ¡Sí, eso! Pero él siempre quiere también otra cosa de mí, y me toca mucho cuando estoy desnuda. No me gusta el hombre, y yo no quiere estar con él en sofá, pero él quiere… Yo quiere marcharme, pero no tengo dinero… Cuando el hombre de los ojos como los míos me dice que me da dólares cinco mil, yo contenta digo que sí. Y él me los da.

—¿Te pagó por adelantado? ¿Tienes ya el dinero?

—Sí, sí, lo tengo ya. Él paga por adelantado.

—No hemos encontrado el dinero en ese maletín que llevas con cosas de mujer.

—El hombre me regala el maletín también —sonrió Babilone—. El hombre es muy amable y simpático, él sonríe, y no quiere tocarme ni nada… Él quiere sólo que yo haga una cosa aquí. Me da el dinero, y yo lo pongo en un Banco de Aden.

—Eres una chica lista —casi rió Suliman—. Muy bien, ya te han pagado, tienes el dinero a salvo, y entonces, tienes que cumplir lo que te ha pedido ese hombre, ¿no es así?

—Sí, sí.

—¿Sabes cómo se llama ese hombre?

—No —se sorprendió Babilone—. No sé. No importa.

—Claro. ¿Qué más? ¿Cómo llegasteis a El Otar?

—Oh, el hombre tiene hermoso avión que vuela para arriba.

—¿Un helicóptero?

—¡Un helicóptero, sí! Los dos estamos en helicóptero, y él viene hacia aquí. De noche es cuando llegamos a un oasis donde no hay nadie. El dice que tenemos que venir a El Otar, y caminamos, caminamos, caminamos… Llegamos a El Otar, y él me da más dinero y me dice que en esa casa —Babilone señaló con toda la mano un punto imaginario— hay dos hombres a los que tengo que llevar cosas, que compraré con el dinero cuando haya mucho sol…

—¿Quieres decir que eso sucedió anoche?

—Anoche, sí… Anoche. Pero él dice que tengo que esperar, que haya mucho sol, que me vean bien, y que las lleve a la casa, con el paquete que yo no sé lo que tiene dentro… Ahora sé que pistolas, pero no lo sabía… ¡No lo sabía, yo no sab…!

—Cálmate, cálmate. Te creo, Babilone. Dime: ¿qué hizo el hombre después de darte el dinero aquí y decirte lo que tenías que hacer?

—Se fue.

—¿Adónde?

—No sé. Él me dice que yo duerma en cualquier sitio escondido, y que cuando haya mucho sol, haga eso. Entonces, me deja sola, y ya no lo veo más. Cuando hay sol, yo hago lo que me han dicho que haga, porque me han pagado muy bien y estoy contenta. Entonces, me traen aquí.

Suliman se quedó unos segundos inmóvil, mirando fijamente a Babilone. Luego, se dirigió a un rincón de la estancia, haciendo una seña al hombre sentado, que fue a reunirse con él, expectante, esperando una explicación, ya que no había entendido nada.

—Jarif —masculló Suliman—: ¿quieres que te explique lo que ha ocurrido?

—Sí, Suliman, sí.

—Pues voy a hacerlo, y quizá después de esto seas tú el que ocupe uno de nuestros calabozos.

—¿Yo? —palideció Jarif.

—¿No eres tú el jefe de todos los hombres que están patrullando la ciudad?

—Sí… Sí.

—Pues eres el responsable de sus torpezas. Te diré lo que ha

pasado: anoche, un americano de la CIA llegó a pie a El Otar, acompañado de la negra, que se llama Babilone. Le dio las armas, sin que ella supiera lo que contenía el paquete, y le dijo que, por la mañana, comprase ropas árabes con dinero americano, y las llevase a los dos hombres que buscábamos, y que estaban en aquella casa. Así lo hizo ella, y eso es todo. Ahora, te diré lo que pasó mientras tanto: el americano hizo su propio juego durante la noche, llevando a sus dos compañeros otras ropas y otras armas; luego, se escondieron en otro lugar de la casa, y esperaron… Esperaron a que por la mañana la negra fuese allí, y sabían que al pagar con dinero americano seguramente habría llamado la atención, como así fue, ya que tus hombres, al enterarse, la vigilaron, la siguieron. Pero, en el sitio adonde ha ido la negra a llevar las armas y las ropas, no hay nadie ya. ¿Sabes lo que eso significa?

—Se…, se habían marchado durante la noche…

—No. ¿Qué objeto tendría entonces enviar a la negra por la mañana? El plan del americano es mucho más astuto: espera a que tus hombres capturen a la negra, y comprendan que allá estuvieron los dos de la CIA. ¿Qué hacen entonces tus hombres?

—Traen aquí a la negra…

—¿Y qué más? ¿Qué más órdenes diste, Jarif?

—Ordené… que fuesen retiradas las patrullas…

—Exactamente. Hace tres días que tus hombres patrullan día y noche, así que los americanos sabían que era muy arriesgado intentar salir de la casa, aunque fuese de noche. Entonces, ellos recurren a todo eso de la negra, precisamente para que creamos que se han marchado ya durante la noche, y retiremos las patrullas. Cuando esto sucede, los tres, que habían estado escondidos en la misma casa, salen a plena luz del sol, tranquilamente. Ya no hay riesgos. ¿Comprendes ahora lo que ha ocurrido?

—Pero entonces… no pueden estar muy lejos… ¡Podemos enviar más patrullas a…!

—No. Eso sucedió hace ya casi dos horas. Lo que los dos americanos no podían hacer, era salir de la ciudad. En dos horas, ya deben haberlo conseguido, y, por cierto, deben estar muy lejos de El Otar.

—Pero a pie no podrán estar muy lejos. ¡Nuestros jinetes los…!

—Disponen de un helicóptero. Ya nadie podría alcanzarlos.

—Por Alá —jadeó Jarif—. ¡Nos han engañado!

—Eso parece.

—Pero… yo no tengo la culpa, Suliman. ¡Cuando me dijeron que la negra no había encontrado a nadie allí, pensé que…!

—Pensaste lo que los americanos querían que pensases. Y ahora, todo lo que tenemos es la negra.

—¿Y si ella estuviese mintiendo?

Suliman alzó las cejas, como sorprendido, como si aquella posibilidad ni siquiera se le hubiese ocurrido.

—Explícate mejor —pidió.

—Ella puede estar mintiendo, y ser de la CIA. Puede que supiese lo que estaba haciendo, y que ahora nos esté engañando.

—Si estuviese haciendo tal cosa, sabría también que se estaba jugando la vida. ¿Te imaginas a alguien tan loco para formar parte de un plan en el que sabe que va a morir?

—Quizá los americanos la engañasen a ella.

—Eso no admite la menor duda, pero no nos asegura que ella esté trabajando conscientemente para la CIA. La CIA la ha utilizado, eso es todo. Y por supuesto, no les importa lo que pueda ocurrirle a Babilone: ya han conseguido lo que querían.

—Todo, no. Todavía tenemos a tres americanos en los calabozos de arriba. ¿Es que a éstos no piensan rescatarlos?

Suliman frunció el ceño, y se pasó la mano por la barbilla, pensativo. De pronto, sonrió secamente.

—Jarif, con esta idea has conseguido mi perdón. Vamos a hacer una prueba: encierra a la negra con los americanos. Es decir, junto a ellos. Yo me ocuparé del resto… Lleva a la negra a una de las celdas de arriba dentro de quince minutos.

—Sí, Suliman.

Éste se acercó de nuevo a Babilone, sonriendo amistosamente.

—Hemos llegado a la conclusión de que no nos has mentido, Babilone —dijo, muy amable—. Pero tenemos que hacer algunas comprobaciones. ¿Lo entiendes?

—¿Voy a quedarme aquí? —abrió mucho los ojos la negra.

—Por el momento, sí. Pero estarás en una celda mejor que la de antes. Mientras tanto, iré a pedirle al sultán, mi señor, que te permita salir libre.

—¿Cuándo?

—Eso no lo sé. Ten paciencia.

—Sí… Yo tengo paciencia. Luego, cuando salgo de aquí, yo soy muy agradecida contigo —sonrió prometedoramente—. Muy agradecida contigo, Suliman.

Éste miró las bellísimas proporciones de la negra, sonriendo de lado, y se dirigió a la puerta.

Capítulo IV

La puerta de la celda se cerró a espaldas de Babilone, y ella se volvió, mirando asustada al carcelero, que sonrió, pasó un brazo por entre dos barrotes, y apretó ávidamente un pecho de la negra, que retrocedió vivamente.

Detrás del carcelero, los cuatro guardias la contemplaban con lujuriosa expresión, y uno de ellos hizo un comentario que llenó de fuego los ojos de los otros tres. El carcelero movió negativamente la cabeza, y, de mala gana, los cuatro guardias se retiraron, llevando detrás al carcelero, que cerró tras él la gruesa puerta del departamento de celdas.

—Menuda negra —oyó Babilone, en inglés, a su izquierda.

Se volvió hacia allí, respingando, pero de momento no vio nada…, a pesar de que tenía los ojos muy abiertos, con expresión de espanto.

—Está muy asustada —dijo otra voz.

—No importa —opinó una tercera, festivamente—: asustada o no, es toda una señora hembra. ¡Ah, negraza!: ¿qué te trae por aquí?

Hubo unas risitas en la celda contigua, y Babilone, no sin cautela, como si temiese que los barrotes no sirviesen de nada, se acercó, siempre muy abiertos los ojos.

—¿Quién…, quién hay ahí? —exclamó.

—Papá Noel, Santa Claus y San Nicolás —le replicaron—. ¿Y tú quién eres?

Un hombre apareció, teñido del color rojo de la llama del hachón, y se quedó mirándola socarronamente. Babilone había retrocedido un paso, sobresaltada. Luego, se quedó mirando al hombre blanco, de rostro demacrado y cubierto de barba de varios días…

—¿Quién eres? —insistió el barbudo.

—Déjala, hombre —dijeron desde el fondo de la celda—: ¿no ves que está muy asustada? Si tienes ganas de conversación, será mejor que esperes a que se tranquilice…, y a que pueda vernos bien, y se dé cuenta de que somos personas con las que se puede tratar.

—Venid a verla de cerca… ¡En mi vida he visto una mujer como ésta, muchachos! Le voy a pedir al sultán que nos la sirvan con la cena. ¡Primer turno! —se apresuró a añadir.

—Vete a la m… —le replicaron.

Pero otros dos hombres aparecieron, uno a cada lado del primero. Babilone miraba de uno a otro, inexpresivo ahora el rostro, mientras escrutaba los de ellos, demacrados, barbudos…

—Me llamo Baby Lone —murmuró.

—¿Qué dice la negraza?

—Que se llama no sé qué… ¿Cómo has dicho, cachonda?

—Me llamo Babilone.

—Ah, Babilone… ¡Qué nombre tan bonito! ¿Eres de Babilonia, quizá?

—No… Soy sudanesa, de Nubia.

—Mira qué bien… Oye: ¿estoy soñando… o tienes los ojos claros…?

—Azules. Mis ojos azules son.

—¡Esto sí que es sorprendente! ¿Y para qué demonios puede querer una negra como tú tener los ojos azules?

—Yo no quiero tener ojos azules. Yo los tengo, no tengo otros.

—Oye —rió el de la derecha—, es lista la negrita: ¡no tiene otros…! ¡Sorprendente!

—Es muy ingeniosa —dijo el de la izquierda—. Oye, negra, acércate: quiero tocarte, como ha hecho el carcelero. Vamos, no seas arisca, encanto; te va a gustar, ya verás.

—No —negó ella.

—Vamos, no seas tonta… ¿Qué más da? Somos compañeros de desgracia, ¿no es así?, de modo que tenemos que ayudarnos unos a los otros. ¿Quieres un cigarrillo? ¿Fumas?

—Sí… Sí, fumo —mascculló Babilone.

—Pues ven. Mira… Toma un cigarrillo. Es de los buenos: americano, ¿sabes?, no esas porquerías turcas o egipcias. Anda, ven: te doy un cigarrillo, mujer. ¿No lo quieres? Bueno, me lo fumaré yo.

Lo encendió, y lanzó el humo hacia Babilone, que cerró los ojos y aspiró hondo.

—Me parece que empieza a interesarse —rió el hombre del centro—. ¿Quieres o no un cigarrillo americano?

Babilone abrió los ojos, y miró de uno a otro aquellos maltratados rostros. Por fin, asintió con un gesto, y se adelantó, cautamente, con la mano derecha tendida hacia el cigarrillo encendido que se le ofrecía… Estaba a punto de tomarlo cuando el americano lo dejó caer, y, rápidamente, asió la mano de Babilone, y tiró de ella con tal fuerza que la negra se estrelló dolorosamente de pecho contra los barrotes… No pudo ya apartarse.

—¡Aquí la tenemos! ¡Toda una hembra de color negro…! ¡Fijaos qué belleza tiene la muy…!

—¡Soltadme! —gritaba Babilone, mientras las manos la sujetaban ansiosamente. ¡Soltad a Babi…! ¡Soltadme!

—¡Estás demasiado rica para eso! ¡Tienes una carne…! ¡Uaaaahhhhh!

El americano lanzó un aullido cuando los blancos dientes de Babilone, finalmente, se clavaron en su mano, que tuvo que aflojar la presa, momento que aprovechó la negra para retroceder a toda prisa hacia el centro de su celda, jadeando insultos:

—¡Cerdos, cerdos, sucios, cerdos…!

—¡Demonios, qué mordisco me ha soltado la muy…! —agitaba la mano el americano—. ¡Si le vuelvo a poner la mano encima!

—Hombre —rió otro—, yo creo que te lo has ganado, Jack.

—¡Vete al cuerno!

—Haya paz —dijo el tercero—: seamos buenos vecinos. Mirad qué lista es la negrita…

Babilone había recogido el cigarrillo, y comenzó a fumar, mirando hoscamente a los americanos. Echando humo dijo:

—No me gusta que me toquen cuando no me gusta.

—Bueno, creo que te entendemos. Y… ¿cuándo te gusta?

—Cuando me gusta el hombre.

—¡Toma…! ¿Y nosotros no te gustamos?

—No. A Baby Lone no le gustan los cerdos sucios.

—Bueno, bueno… La verdad es que tienes razón, pero vas a perdonarnos, ¿sí? Es que estamos de mal humor aquí, compréndelo… ¿Qué has hecho tú para que te encierren?

—Hice una cosa que me pidió un americano.

Los tres hombres quedaron serios, súbitamente. Sus ceños se fruncieron, sus miradas se alertaron.

—¿Un americano? ¿Qué americano?

—No sabe. Un americano. No sabe su nombre, yo.

—No sabes su nombre… Bien: ¿qué te pidió que hicieras?

—Llevar cosas a otros dos americanos que había en una casa grande. Había pistolas, pero yo no lo sabía.

—Ya… ¿Y qué es lo que sabías tú?

—Yo no sabe nada de nada. Yo cobré dólares cinco mil; hice lo que me pidió el americano, y entonces me traen aquí.

—¿Sólo viste a un americano?

—Sí, sólo uno.

—¿Dónde está, ahora, el americano?

—No sabe, no sé. Él se ha ido con helicóptero, creo. Sí, eso creo.

—Con un helicóptero… ¿Estás segura de que se han ido?

—Segura, no. Creo.

—Se han ido…, ¿adónde?

—¡Ah, no sé…! A Aden, creo. Él estaba allí, y yo también. Creo que ha vuelto a Aden, no sé. Creo.

—Pero… ¿a qué sitio de Aden?

—No sé. Yo estaba en un bar, y él llegó. No sé.

—¿Qué te dijo ese hombre? ¿Te habló de nosotros? ¿Te habló de otros tres americanos?

—No, no —Babilone alzó dos dedos—. Él dijo dos americanos en una casa grande, no tres americanos aquí.

—Pero tú has estado trabajando para la CIA… ¿Y eso es todo lo que sabes?

—¿La CIA?

—¡Sí, la CIA! ¡Espionaje! ¿No sabes lo que es espionaje?

—Oh, sí… James Bond, 007. Películas bonitas. Mucho, mucho, muy bonitas. ¿Vosotros sois espías?

—Sí.

—¡Oh! ¿Y qué habéis espiado? ¿Cuántos enemigos?

—Nosotros espiábamos para una guerra —sonrió divertido el llamado Jack—. ¿No te habló el americano de una pequeña guerra?

—No… No, seguro. No.

—Apuesto —murmuró otro americano— a que aún no se han

enterado de esto por ahí fuera.

—No digas tonterías —replicó el tercero—. ¿Acaso crees que la propia CIA va a ir hablando por ahí y a cualquiera de los proyectos que pueda tener? ¡Claro que lo saben todos ya! Oye, negra, ¿tú lees los periódicos?

—Babilone —corrigió ésta.

—De acuerdo, de acuerdo: Babilone… ¿Tú lees los periódicos?

—No sé leer. Hablar, sí. ¿Qué guerra estabais espiando?

Los tres se la quedaron mirando fijamente. De pronto, uno de ellos soltó un bufido, dio media vuelta, y fue a tumbarse en el montón de paja. Los otros dos, tras mirar a Babilone todavía unos segundos, encogieron los hombros, y le imitaron.

—¿Me daréis más cigarrillos? —pidió.

—¡Vete a la m…! —le replicaron.

La puerta del departamento de celdas chirrió, se abrió, y entró el carcelero, seguido de cuatro soldados. Ni aquél ni éstos eran los mismos del día anterior. El carcelero abrió la puerta de la celda de Babilone, y le hizo una brusca seña para que saliese.

La negra, que estaba sentada en la paja como si fuese el más confortable de los sillones, se puso en pie, y salió de la celda, mirando hacia los americanos, que permanecían tumbados en su paja.

—Adiós, americanos —dijo.

Hubo un gruñido dentro de la celda, y eso fue todo. El carcelero la empujó hacia la puerta, y salieron de allí, hacia el palacete de Omar Al Beida.

Bajo las grandes arcadas que protegían la entrada al palacete, estaba el amable Suliman, que le sonrió amistosamente.

—Estarás aquí unos días, Babilone —le dijo en seguida.

—¿No puedo marcharme? —tembló la voz de ella.

—No. Todavía no… Pero estarás bien, porque ya no volverás a los calabozos. Y si eres inteligente, puede que todo termine bien para ti.

—Yo no comprendo…

—Le dije al sultán, mi señor, que teníamos a una negra muy hermosa que había estado ayudando a los americanos. Entonces, él dijo que te cortásemos la cabeza…

—¡Oh! —gimió Babilone.

—Entonces, le dije que tú no sabías lo que hacías, y que sólo lo hacías porque te habían pagado cinco mil dólares. El sultán, mi señor, dijo que te cortásemos la cabeza. Inmediatamente, le dije que además de ser la negra más hermosa que él podría ver en su vida, tenías los ojos azules. Entonces, él quedó pensativo y asombrado, y por fin dijo: la quiero para esta noche… ¿Me comprendes?

—Sí —tragó saliva la negra—. Sí, yo comprendo.

—Ven conmigo —Suliman señaló hacia el interior del palacete —. ¿Sabes lo que es un magnetófono?

—Sí… Sí, claro, sé.

—Bien. Esta noche, un guardia escondido detrás de la puerta de los calabozos, ha estado utilizando uno, grabando lo que hablabais tú y los americanos —sonrió, divertido—. De este modo, yo me he convencido de que no me mentiste, que nunca antes habías tenido tratos con ellos, ¿comprendes? De modo que no tengo nada contra ti, y si por mí fuese, podrías marcharte ahora. Pero el sultán, mi señor, quiere disfrutar de ti, y lo que él desea se cumple. Si eres inteligente, todo te irá bien. Si no lo eres, tendremos que cortarte la cabeza inmediatamente. ¿De verdad me entiendes, Babilone?

—Sí, te entiendo… Tú eres bueno, Suliman. ¿Quién eres tú?

Suliman se echó a reír.

—¡No soy nadie! —exclamó—. Solamente, el gran amigo de mi señor, su consejero, quien manda después que él. Pero, mandar después de él es mandar muy poca cosa. Por aquí —la tomó del brazo— vamos a los aposentos privados.

Cruzaron el gran patio bajo una puerta en arco cuyas celosías blancas eran tan bellas como flores, y después de recorrer un ancho pasillo aparecieron en otro patio, donde las flores abundaban todavía más, por todas partes, bajo las grandes arcadas de la galería cuadrada que rodeaba el patio. Y en el centro de éste, una piscina de agua color azul y limpia, transparente como cristal, en la que se bañaban no menos de una docena de muchachas muy jóvenes, completamente desnudas, riendo, mientras dos árabes altos y gordos, de pie a la sombra, las contemplaban inexpresivamente.

Al aparecer Suliman y Babilone, todos miraron hacia ellos y las risas y los chapoteos cesaron. Pero sólo un instante. Luego, los olvidaron.

—Son las esposas más jóvenes de mi señor —dijo con cierto tono

divertido Suliman—. Y ellos son los eunucos que las vigilan. ¿Te sorprende?

—No sé.

—Hay quien cree que todo esto ha terminado —Suliman se echó a reír—. ¡El mundo está lleno de ilusos!

—¿Qué son ilusos?

—Gente que cree cosas que no son verdad, pero que ellos quisieran que fuesen verdad. Bien, aquí te dejo… Sube por esa escalera a la galería. Allí, las sirvientas, te bañarán, te perfumarán, y eso será todo. Luego, podrás hacer todo lo que quieras…, hasta que te llame el sultán, mi señor. Adiós, Babilone.

—Espera… ¿No te veré a ti nunca más?

—No lo sé. Pero ¿acaso quieres que me corten la cabeza?

—¡No, no! —se sobresaltó la negra.

—Entonces, sólo deberás acercarte a mí cuando el sultán lo permita. Sólo pueden entrar en esta parte del palacio las personas que él hace llamar, sus invitados personales y especiales. Y, por cierto, ninguna de sus mujeres puede salir de aquí… No lo olvides.

La dejó sola, y Babilone estuvo mirándolo hasta que desapareció por la arcada del amplio pasillo sombreado y fresco. Luego, miró a las jóvenes árabes que retozaban en la piscina, y a los eunucos, que la miraban con total indiferencia… A su alrededor, todo eran flores, rumor de agua. Había algunas palmeras, naranjos, granados… A la sombra de estos árboles, algunos bancos, junto a pequeños surtidores… Así podría ser, quizá, el Jardín de Alá.

Babilone ascendió por la escalera indicada por Suliman, llegó a la galería, y vio las muchas puertas que daban a ésta, rodeando el patio. Estaba desconcertada, sin saber qué hacer, cuando dos mujeres de edad algo avanzada, aparecieron por uno de los huecos, y le hicieron señas.

Una hora más tarde, Babilone había sido bañada y perfumada, y tenía ante ella profusión de vestidos, todos de gasa transparente, fina y suave, y babuchas de finísima piel, y joyas, y le trajeron comida abundante y apetitosa, y frutas frescas… Las jóvenes esposas del sultán estaban ya entonces en el mismo aposento, y comieron con ella, riendo, y palpando sus caderas y sus senos, mirándose maliciosamente…

Y de pronto, Babilone se dio cuenta de que todo estaba en

silencio. En un silencio absoluto, sepulcral. Pero era solamente el silencio de la siesta, así que se tendió sobre unos almohadones, y se quedó dormida, como las jóvenes compañeras de harén que la rodeaban, una de las cuales hablaba un perfectísimo inglés de Inglaterra…

Despertó cuando sonaron las primeras risas.

Otra vez estaban en marcha las muchachas del harén, siempre riendo, felices como pájaros, sin pensar en nada. Sólo reían, dormían, comían, se bañaban y perfumaban… y esperaban a que su señor las llamase.

Sólo que aquella noche, el sultán Omar Al Beida llamó a la nueva, a la negra de los ojos azules y el cuerpo perfecto. Llamó a Babilone.

Y los dos eunucos, uno delante y otro detrás, condujeron a Babilone al aposento privadísimo del gran señor, el sultán Omar Al Beida.

O eso, o perder la cabeza bajo el cortante filo de un alfanje.

Capítulo V

Omar Al Beida estaba sentado sobre un montón de almohadones de alegres colores, y delante de él había una mesita baja con comida. A los lados y detrás, tenía a varias mujeres, cuyos oscuros ojos quedaron fijos en Babilone.

Mientras tanto, ésta miraba solamente al sultán. Incluso estando sentado era notable su gran estatura; debía medir, en efecto, casi dos metros. Era enorme, pero no gordo, y debía tener una fuerza colosal. Su rostro era grande y oscuro, sólido como una piedra, y sus ojos eran tan negros como la noche, penetrantes, duros. Estaba descalzo, y llevaba unos pantalones bombachos y una chaquetilla adornada con hilos de oro. Al prescindir del turbante, sus cabellos largos y rizados, caían sobre su espalda y hombros.

Hizo una seña, y los eunucos se retiraron. Luego, durante más de un minuto, permaneció inmóvil, mirando a la negra, sin que en sus ojos apareciese expresión alguna. Por fin, se puso en pie, y Babilone tuvo que alzar la cabeza para seguir mirando aquellos ojos en los que no veía nada, sólo negrura.

El sultán dio una vuelta alrededor de ella, muy despacio, y luego volvió a sentarse.

—Me dicen que hablas inglés —se expresó en este idioma, con soltura.

—Sí… Hablo inglés.

—¿Eres virgen?

Babilone movió la cabeza.

—No.

El ceño de Omar se frunció, con gesto irritado.

—¿No eres virgen? Entonces, ¿cómo te atreves a presentarte ante mí?

—Me han traído.

—Entiendo, Eso quiere decir que preferirías no estar conmigo

ahora.

Babilone se encogió un poco, pero consiguió una sonrisa.

—Yo sí prefiero estar contigo, sí, mi señor.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Eres hermoso.

—¿Y qué más?

—Eres bueno.

—¿Y qué más?

—Eres justo.

—¿Y qué más?

—Eres generoso.

—¿Y qué más?

—No quiero que me corten la cabeza.

Omar Al Beida alzó las cejas, quedó como petrificado un instante, y, de pronto, se echó a reír.

—¿Sabes bailar?

—Poco sé bailar, mi señor. Poco.

—Baila lo que sepas.

Hizo una seña a las mujeres que había tras él sobre el gran montón de almohadones, y tres de ellas se apresuraron a proporcionar la música, con un tamboril, una flauta y una cítara. Durante unos segundos, Babilone estuvo quieta, inmóvil. Luego, comenzó a moverse, lentamente, empezando por los hombros, que parecían temblar a un ritmo perfecto. El temblor fue descendiendo, llegó al vientre, a las caderas, a las piernas… Los brazos de Babilone se alzaron por encima de su cabeza, en bello dibujo, y todo el movimiento de su cuerpo se centró en las caderas unos segundos, pasando luego al vientre… Estuvo así unos segundos, y luego se desplazó, ligera, veloz, graciosamente…

Omar Al Beida, con las piernas cruzadas, se inclinó, y tomó un higo que se llevó entero a la boca mientras su mirada seguía a Babilone en sus evoluciones, inexpresiva. Pero, poco a poco, los negros ojos fueron perdiendo su inexpresividad, en especial cuando la negra se quitó el ligero manto de gasa, y luego la corta chaquetilla que ceñía su torso por debajo de los senos, que parecieron saltar, elásticos, poderosos, siguiendo el compás del cuerpo…

Cuando Babilone se quitó la última prenda, Omar Al Beida había

dejado de comer higos, estaba inmóvil, y en sus ojos había ya una clarísima expresión; era como si dentro de ellos tuviese un fuego más intenso que los hachones que iluminaban la estancia, y que se reflejaba en el sudoroso cuerpo de Babilone, cuyos largos cabellos suavemente ondulados parecían flotar, como ella misma.

Hasta que, en sus evoluciones, Babilone llegó justo delante de Omar Al Beida, y entonces se dejó caer ante él, alzó la cabeza, y sus extraordinarios ojos azules quedaron fijos en los del sultán… Se oía su jadeo, su vientre se estremecía, sus senos vibraban, su boca estaba entreabierta, de modo que Omar veía sus dientes blanquísimos, y su lengua sonrosada.

Omar Al Beida estuvo unos segundos contemplándola, prietos los labios. De pronto, alzó las manos, y dio una palmada. Sólo una palmada…, y las demás mujeres dejaron de tocar y de mirar, y se apresuraron a salir a toda prisa del aposento.

—Ven —ordenó con voz tensa Omar Al Beida—. Ven aquí conmigo.

Omar Al Beida todavía estaba dormido cuando percibió el aroma de las flores. Abrió los ojos, y en seguida vio el resplandor del sol. Luego, sobre él, una pequeña cosa roja y una gran cosa negrísima.

Se movió para ver mejor, y entonces distinguió perfectamente a Babilone, inclinada sobre él, desnuda, sonriendo, y con una flor entre los labios.

—Mi señor —susurró ella—, el sol está pidiendo tus oraciones.

Omar parpadeó. Alargó un brazo, y su mano pasó por la espalda de Babilone, fina, tersa, elástica y suave como la mejor seda.

—¿Estás sudando?

—No, mi señor; me he bañado. Levántate: pronto el almuédano dejará oír su voz.

El sultán se incorporó, la miró, vio el cuerpo fino y poderoso de la negra, y su ceño se frunció. Pero no dijo nada. Fue a la terraza sobre el patio, al que todavía no llegaba el sol naciente. Pero el cielo sí estaba lleno de sol. Un cielo azul, bellísimo, limpio, como los extraordinarios ojos de Babilone. Extraordinarios… Omar se volvió, y los miró. Ella estaba arrodillada sobre los almohadones, y lo miraba con sumisa sonrisa. Omar Al Beida desvió la mirada, para contemplar de nuevo el cielo, mientras en el jardín cantaban los pájaros, y se oía el rumor de las fuentes.

Y Omar Al Beida pensó:

«Luego ordenaré que le corten la cabeza».

Muy pocos segundos después, en efecto, llegaba hasta allí, con asombrosa claridad, la voz del almuédano, que desde lo alto de la mezquita impartía las primeras oraciones del día. Omar se arrodilló, e inclinó el torso hasta que su frente tocó el suelo…, mientras la idea persistía en su mente:

«Luego ordenaré que le corten la cabeza».

Pero a la hora de la siesta, la hermosa cabeza de Babilone seguía sobre sus bellos hombros. Y no sólo eso, sino que cuando se disponía a dormir, los dos eunucos aparecieron en el aposento de las jóvenes esposas, y se detuvieron ante ella, mirándola. Uno de ellos dijo algo, y Babilone se volvió, interrogante la mirada, hacia la jovencita mora que hablaba perfectamente el inglés.

—Nuestro señor te llama —murmuró Naizda.

—¿A mí?

—Sí, claro.

—¿He hecho algo malo?

Naizda la miró sorprendida.

—No seas tonta —dijo.

Babilone se fue con los eunucos, que la llevaron al aposento privado de Omar Al Beida. Esta vez, no había con él ninguna mujer, no había nadie. Los eunucos la dejaron en la puerta, y se retiraron, cerrándola.

Omar estaba sentado, desnudo el colosal torso, y la miraba fijamente, con el ceño fruncido. Hacía calor, mucho calor, y ni siquiera los pájaros tenían fuerza para cantar. Sólo se oía el rumor de las fuentes en el gran patio-jardín.

—Voy a ordenar —dijo de pronto el sultán— que te corten la cabeza.

Babilone no se movió, ni pareció asustarse. Sólo miraba los negrísimos ojos fijos en ella.

—¿Me has oído?

—Sí, mi señor.

—¿Y me has entendido?

—Sí, mi señor.

—¿No te importa que te corten la cabeza?

—Sí, mi señor.

—Pues eso es lo que voy a ordenar.

—Si tanto disgusto sientes hacia mí, lo comprendo, mi señor.

—Ven —musitó él—. Ven aquí en seguida.

Babilone se acercó rápidamente, y se arrodilló junto a él sobre los almohadones, mirándolo con fijeza. Una extraña fijeza que Omar Al Beida no podía comprender. Por un instante, le pareció que en los ojos azules había una espera, una vigilancia. Pero sólo fue un instante, porque en seguida, Babilone bajó los párpados.

—Dime —murmuró él, con voz tensa—, dime cuántos hombres has conocido.

—Como tú, ninguno, mi señor.

—¿Cuántos?

—Muchos.

—¿Por qué?

—Porque yo era negra y pobre, y ellos tenían mucho dinero.

—Te cortaré yo mismo la cabeza.

—Mi señor, yo no te he engañado, tú lo sabías. No he hecho nada malo… ¿Es por lo de las pistolas?

—¿Qué? —se sorprendió Omar.

—Aquello de los americanos que no encontré. Había tres americanos en los calabozos, y ellos deben haber hecho algo malo, pero no yo. Dime qué han hecho ellos.

—¿Por qué quieres saberlo? —entornó los ojos Omar.

—Porque si ellos han hecho algo malo, y siguen con vida, no es justo que yo, que nada malo he hecho, muera. Si me dices lo que ellos han hecho, podré comprender por qué ellos viven y yo muero.

—Tienes la lengua muy larga.

—Es que, mi señor, sólo tengo una cabeza.

—Igual que los americanos —rió Omar.

—Sí, pero ellos seguirán con ella. ¿O no?

—Aún no lo sé. ¿Por qué estamos hablando de los americanos?

—Ellos me dijeron que eran espías y que espiaban una guerra. ¿Era contra ti? Entonces, que mueran. Pero yo no hago nada contra ti, mi señor.

—¿Te gustaría que cortase sus cabezas en lugar de la tuya?

—Que cada cual pague por su pecado, mi señor.

—Reflexionaré sobre eso después de la siesta.

—¿Y me cortarás la cabeza?

Omar Al Beida deslizó sus manos por el cuerpo turgente de Babilone, mientras murmuraba:
—No lo sé… Aún no estoy seguro…

—¿Me cortarás la cabeza? —preguntó Babilone.
—Sí.
—¿Pero permitirás que yo te esté esperando en el paraíso de Alá cuando tú vayas a él?
Omar Al Beida frunció el ceño.
—¿Por qué dices eso?
—Porque yo te seguiré amando, aunque me cortes la cabeza.
Hubo una crispación en los labios de Omar.
—De nada me servirías sin cabeza en el paraíso de Alá.
—¿Eso crees? —sonrió ella.
De nuevo se frunció el ceño de Omar, aún más profundamente.
—Vete. Dentro de poco voy a recibir aquí a unos hombres.
—¿No puedo quedarme contigo?
—¿Para qué? —se sorprendió él—. Ya he quedado satisfecho de ti.
—Yo quisiera estar siempre viéndote, mi señor.
Esta vez, Omar Al Beida no contestó. Se puso en pie, y fue a mirar hacia el jardín, vuelto de espaldas a Babilone. Estuvo así casi un minuto, mientras desde abajo, desde la piscina, llegaban risas y chapoteos. Omar se asomó, y dio una seca orden. Luego, se volvió hacia Babilone y dijo:
—Ven conmigo.
—Sí, mi señor.
Bajaron al patio, donde no quedaba nadie, sin duda debido a la orden de Omar. El sol daba ya solamente en una esquina de la rectangular piscina de azulejos, y Omar Al Beida se sumergió allí, lentamente, como en un rito. Babilone no se movió, estuvo esperando hasta que él le hizo una seña. Entonces, se sumergió a su lado, y sonrió dulcemente.
—¿Sabes nadar? —preguntó.
—Eso es una tontería.
—Oh, no, mi señor, no lo es… Mira.
Babilone desapareció bajo las cristalinas aguas, y Omar la vio alejarse, siempre sumergida, y volver, y reaparecer ante él, riendo, con los cabellos pegados a la cabeza. Omar intentó asirla, pero el

cuerpo de ella resbaló entre sus brazos, y volvió a desaparecer bajo el agua. Sólo que esta vez no se alejó. Las pequeñas manos de Babilone asieron los tobillos del sultán, y tiraron de ellos, con suavidad… Cuando regresó a la superficie, Omar estaba con los ojos muy abiertos, aferrado al borde de la piscina.

—Ven —rió ella—. ¡Ven a la parte más profunda!

—No. Estoy bien aquí.

Babilone le echó agua a la cara, riendo, y volvió a desaparecer bajo el agua. Esta vez, reapareció en el otro extremo de la piscina, en la parte profunda. Con la agilidad de una pantera, salió fuera, alzó los brazos, y sus senos mojados parecieron apuntar hacia el cielo azul… Un instante después, desaparecía de nuevo bajo el agua, en salto impecable…, y reaparecía junto a Omar Al Beida, al que se abrazó y besó en los labios.

—Ven, mi señor —rió de nuevo—. ¡Ven, te enseñaré a nadar! ¡Es alegre y hermoso estar bajo el agua! Ven, dame tus manos…

Tomó sus grandes manos, y tiró de él, venciendo la indecisa resistencia de Omar Al Beida, que se encontró en posición horizontal sobre el agua, y, asombrosamente, flotando.

—Mueve las piernas —reía Babilone—. ¡Mueve las piernas, mi señor, y nadarás mejor que el mejor de los peces!

Omar Al Beida movió las piernas…, y su corpachón se hundió. Babilone tiró de sus manos, y pudo colocarlo en pie, siempre riendo, y besándolo. El sultán agitaba la cabeza, y por fin se quedó mirando furiosamente a Babilone…, antes de echarse a reír.

—Enséñame, sí —dijo—. Vamos a…

Hacia el amplio corredor que unía aquella parte del palacete con la de la entrada, se oyeron pisadas, rumor de varias personas acercándose. Los dos miraron hacia allí, y vieron a Suliman seguido de dos hombres de la guardia. Los tres se quedaron mirando estupefactos a Omar Al Beida y a Babilone, especialmente al sultán, que comenzó a hablar furiosamente.

Suliman se acercó, y le dijo algo que, por el momento, no pareció, ni mucho menos que calmase su ira; pero, en seguida, asintió con la cabeza. Suliman y él cambiaron unas palabras más, y aquél se retiró, seguido de los dos guardias.

—Han venido a molestarnos, mi señor —sonrió Babilone.

Omar le dirigió una mirada extraña, entre socarrona y vacilante.

—Así es… Venían a molestarnos, pero también a darme una importante noticia, que llevo días esperando.

—¿La noticia es más importante que nadar, es más importante que yo?

—Tú no eres importante —sonrió fieramente Omar—. ¿Sabes a qué venían los dos guardias con sus alfanjes?

—A cortarme la cabeza, mi señor.

—En efecto.

—Pero no me la han cortado —rió Babilone—. ¿Cuál es la noticia importante?

Omar Al Beida vaciló, y por fin le volvió la espalda y salió de la piscina, utilizando la barandilla metálica. Regresó a su aposento privado, se secó con una gran toalla, y se volvió: Babilone estaba tras él, chorreando. Y sonreía.

El sultán volvió a vacilar, acabó por tenderle la toalla, y se vistió. Luego fue a sentarse sobre sus almohadones, y acercó el narguilé, del cual estuvo fumando durante un par de minutos, muy pensativo. Babilone se había tendido junto a él, ya seca, y le miraba.

—Vístete —refunfuñó él—, no quiero que otros vean tu cuerpo.

—Sí, mi señor.

La hermosa negra se puso sus gasas, sus bombachos, y su fina chaquetilla, y volvió a sentarse junto a Omar, pero un poco detrás, en segundo plano. Omar todavía fumó otro par de minutos. Por fin, batió palmas…, y la doble puerta del aposento se abrió, apareciendo de nuevo Suliman, y algunos guardias. Pero, además, llegaban otros hombres. También eran árabes, pero muy diferentes a Suliman y Omar.

Llevaban ropas polvorientas, viejas, raídas; y sus barbas eran largas y descuidadas, y sus ojos parecían ascuas de fuego. Eran cinco, en total, pero el más viejo, cuya mirada era la que más fuego contenía, atraía especialmente la atención, por sus gestos bruscos, su mirada desconfiada, su expresión huraña. Sin duda, era el que mandaba el grupo de harapientos, porque fue el que dirigió la palabra a Omar Al Beida, sin ceremonia alguna.

Omar Al Beida contestó, apaciblemente. Babilone miró su rostro, y vio el gesto amable, conciliador, casi sonriente. Suliman se había colocado a la izquierda de Omar, entre éste y el viejo árabe de la

mirada como fuego. Al parecer, esperaba intervenir, y así fue, porque Omar le habló, luego Suliman habló al viejo, y éste a Omar, Omar al viejo… Durante tres o cuatro minutos, Babilone estuvo escuchando una conversación que debía ser muy interesante, pero de la que no entendió ni una sola palabra. Es decir, una sola, que le hizo comprender cuál era el nombre del viejo harapiento: Satuk.

La conversación terminó. Satuk vacilaba aún, pero se notaba que empezaba a convencerse de algo favorable a él. Omar señaló los almohadones a su lado, y el viejo harapiento, tras nueva vacilación, se sentó junto al sultán…, dirigiendo una veloz mirada centelleante a la hermosísima negra.

Suliman salió. Omar habló a los demás árabes harapientos, y éstos fueron a sentarse también sobre los almohadones, a la derecha de Satuk. Omar Al Beida volvió a batir palmas, y aparecieron las mujeres, que sirvieron fruta y leche a los harapientos…

Muy poco después, regresó Suliman, con varios guardias, que llevaban entre ellos, atadas las manos a la espalda, a los tres americanos. Babilone percibió el movimiento de la cabeza de Omar, y lo miró. Él la miraba fijamente, y había en sus ojos una expresión extraña, entre feroz y regocijada. Babilone se limitó a sonreír, y miró de nuevo a los tres americanos que había conocido en los calabozos, al oír la voz de uno de ellos, insolente:

—Mirad la negra: ha encontrado sitio en la cama del sultán.

—Ya te dije que era muy lista —sonrió desdeñosamente otro.

—¡Silencio! —exigió Suliman; y señaló a Satuk—. Él va a haceros preguntas, y yo seré el intérprete. Escuchad a Satuk.

Miró a Satuk, asintió con la cabeza, y el viejo hizo lo mismo, preguntando en seguida a los americanos:

—¿Sois espías americanos? —tradujo Suliman.

—¿Qué pasa? —refunfuñó Jack—. ¿Otra vez con ésas?

—Contestad a Satuk —ordenó Suliman.

—Está bien —se armó de paciencia Jack—. Ya les dijimos a ustedes que sí, que somos agentes de la CIA.

Suliman tradujo a Satuk, y éste volvió a preguntar, por medio de Suliman:

—¿Estáis aquí para espiar las posibilidades de una invasión de Otar utilizando a las gentes de Meslima?

—Así es —refunfuñó Jack—, ya lo dijimos.

Nueva traducción por parte de Suliman. Babilone giró sobre los almohadones, para poder ver la expresión de Satuk, que le volvía parcialmente la espalda. Y vio su gesto duro, hostil, cruel. Hizo otra pregunta, que Suliman tradujo:

—¿El servicio secreto americano ha puesto armas a disposición del sultán de Meslima?

—No sabemos si eso ha ocurrido ya —dijo cansadamente Jack —. Cuando vinimos aquí, las armas todavía no habían llegado, y se lo explicamos bien a ustedes: hasta que nosotros no pasásemos el informe de lo que se podía encontrar aquí, la CIA no enviaría las armas, manteniéndolas escondidas para evitar indiscreciones hasta el mismo día de la invasión.

Suliman volvió a traducir. Y Satuk preguntó de nuevo:

—¿Pero Meslima estaba dispuesto a invadir Otar, ayudado por los americanos?

—Maldita sea, ya admitimos todo eso, ¿no?

—Conteste a la pregunta de Satuk.

—¡Sí, demonios, sí, eso era lo que pensábamos hacer!

La respuesta pasó a Satuk, que miraba fijamente siempre al que hablaba, como si pudiera comprender la conversación sin entender el idioma inglés.

Ya no hizo más preguntas. Después de la última traducción de Suliman, Satuk tomó un puñado de dátiles con su sucísima mano, los fue metiendo en su boca, y escupiendo groseramente los huesecillos, mientras permanecía pensativo, absorto.

Por fin, miró a Omar Al Beida, y asintió con la cabeza, murmurando algo.

Babilone vio el destello de alegría en los ojos del sultán. Luego, éste miró hacia los guardias, y dio una seca y breve orden… Los alfanjes relucieron en el acto en el aposento privado de Omar, con el tono rojo del sol de la tarde.

Todo sucedió rápidamente, en menos de cinco segundos.

Los americanos volvieron la cabeza hacia los guardias que tenían detrás al oír el sonido del acero, y sus ojos se desorbitaron, sus rostros quedaron blancos como leche. Jack abrió la boca, pero un alfanje cayó sobre su cabeza, hendiéndola como si fuese un simple melón, fulminándolo contra el brillante piso. El segundo americano dio media vuelta e intentó correr hacia la puerta…, pero

quedó ensartado por el vientre en uno de los alfanjes, mientras otro caía sobre su cabeza, con las mismas consecuencias que para Jack… Mientras tanto, el tercer americano se había vuelto hacia Omar Al Beida, demudado el rostro y aullando:

—¡Cerdo asqueroso, traid…!

¡Chak!, se oyó el chasquido del alfanje en su cuello, por detrás… Y la cabeza quedó colgando hacia su pecho por una tira de piel antes de que otro tajo la hiciese rodar por el suelo.

Nadie parecía ni poco ni mucho impresionado por aquello.

Babilone miró a Satuk, que seguía comiendo dátiles, imperturbable.

Los guardias retiraron los cadáveres de los tres americanos, y la cabeza que había rodado por el suelo. Aparecieron unas esclavas, algunas de ellas negras, y a toda velocidad limpiaron el piso de sangre, dejándolo de nuevo reluciente, limpio…, como si nada hubiese ocurrido.

Omar Al Beida y Satuk conversaron unos segundos, y, por el gesto del sultán, Babilone comprendió que acababa de decirle al viejo Satuk algo que podía expresarse como «mi casa es tu casa, eres mi invitado de honor».

Esta vez, sí. Esta vez, Satuk saludó a Omar, tocándose el estómago, la boca y la frente; sus harapientos compañeros hicieron lo propio, inclinándose ante el sultán, y todos se retiraron, acompañados de Suliman.

Omar se volvió hacia Babilone, sonriendo.

—Lo has conseguido… de momento: han caído sus cabezas, no la tuya.

—¿Por qué lo habéis hecho? ¿Quién es Satuk?

—Ahora, un amigo, un aliado.

—¿Y antes?

Omar Al Beida frunció el ceño.

—Ve con Naizda —mascculló—, ella sabe lo que tiene que hacer contigo.

—¿Cortarme la cabeza? —rió Babilone.

—No. Vendrás de viaje conmigo.

—¿Contigo, mi señor?

—Sí, conmigo —refunfuñó Omar—, no soy hombre que pueda pasar una noche sin mujer.

—Pero ¿adónde vamos?

—Ni siquiera mi favorita tiene derecho a hacerme preguntas —se irritó visiblemente Omar—, así que calla y obedece. Vendrás de viaje, eso es todo.

Capítulo VI

Asombroso, pero sólo en cierto modo, ya que, lógicamente, el sultán de Otar tenía que ser un hombre muy rico… Lo bastante rico para tener por lo menos un coche, que apareció como por arte de magia a la puerta del palacete. Con el coche, se trasladaron a un pequeño aeródromo de pistas de tierra cercano a El Otar. Allí esperaba una bonita avioneta de diez plazas, con la bandera del sultanato pintada en un lado.

Y en ella habían sobrevolado el desierto, hasta que, por fin, lejos, apareció una mancha gris, que luego se fue aclarando, hasta mostrarse azul. El mar.

Sentada en los últimos asientas de la avioneta, Babilone permanecía pensativa, mirando de vez en cuando a Omar, que conversaba con los tres protectores que le acompañaban en el viaje. También Naizda hacía el viaje, sentada junto a Babilone, a la cual había vestido e instruido respecto al comportamiento que debería observar durante el viaje; al parecer, ella había acompañado alguna vez al sultán en calidad de favorita, pero ahora le tocaba a ella desempeñar el papel de consejera de la actual favorita…

Por fin, llegaron a la costa. Sobrevolaron el mar, y Babilone sonrió suavemente al ver las aguas tan azules, las crestas blancas de las olas en la playa, o estrellándose contra pequeños acantilados.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Naizda.

—Por el mar.

—¿Te hace sonreír el mar?

—Sí. Es hermoso.

—Es horrible —se estremeció Naizda—. Y tiene demasiada agua.

Babilone no pudo evitar una carcajada, y Omar Al Beida volvió la cabeza, y frunció el ceño en una sonrisa que podía definirse como amable. Pareció dispuesto a ir hacia ellas, pero en aquel momento el piloto de la avioneta dijo algo, y señaló hacia delante.

Tres minutos más tarde, la avioneta tomaba tierra cerca de una localidad de pescadores que refulgía al sol, blanquísima. Parecía que el aire fuese un cristal que se arrugase, proporcionando extrañas visiones de manchas y de agua sobre la apretada arena: los pequeños espejismos del calor, a pesar de que estaba anocheciendo rápidamente.

Delante tenían la localidad. Por lo demás, todo estaba silencioso y vacío, todo era arena, sol, mar, en una desolación agobiante de calor y viento…

Hasta que apareció el coche.

Un coche grande, negro, plano. Llegaba rodeado de polvo, y sólo cuando estuvo muy cerca de ellos se distinguió la forma inconfundible del «Stromberg»…

Del coche se apeó un solo hombre, que se acercó rápidamente a la avioneta, todavía envuelto en el polvo levantado por el frenazo del vehículo. Quizá por eso Babilone tardó un poquito en darse cuenta de que el hombre era chino. Un chino menudo, pero joven y atlético, vestido muy correctamente a la europea. Uno de los protectores de Omar abrió la puerta de la avioneta y extendió la escalerilla plegable. El chino subió, y fue a sentarse junto a Omar, sin ceremonia ni saludo de ninguna clase.

Estuvieron conversando en voz queda durante un minuto… Por fin, el chino señaló hacia el coche, y se puso en pie. Primero bajaron de la avioneta dos de los acompañantes de Omar, luego lo hizo éste, después el chino, y finalmente, a una seña del hombre que al parecer se iba a quedar en la avioneta con el piloto, lo hicieron Babilone y Naizda.

Todos fueron hacia el coche, y se apretujaron en él. Las dos mujeres a la izquierda de Omar, que quedó entre ellas y uno de sus hombres, en el asiento de atrás. En el de delante iban el otro acompañante, el chino que había subido a la avioneta, y otro chino, al volante.

El coche partió.

Cuando se detuvo, estaban más cerca de la localidad, que se veía menos blanca y bonita. Estaban muy cerca del mar, sobre una caleta hundida, en cuyas transparentes aguas había un yate. Tuvieron que bajar a pie hasta la pequeña playa. Del yate se despegó una lancha, que llegó a la playa, los recogió, y los llevó a la hermosa

embarcación de cegadora blancura.

Subieron a bordo, y descendieron al salón. No era muy grande, pero sí limpísimo y confortable.

Allí había otro chino, de unos cincuenta años, también vestido a la europea, con seriedad, muy correcto. Se había puesto en pie, y saludó con una inclinación de cabeza a Omar, que correspondió al estilo árabe, llevándose la mano al estómago, la boca y la frente.

El chino no tenía, en verdad, ninguna expresión en su rostro. Parecía que fuese de piedra. Sus ojos miraron a las mujeres de Omar como si ellas no estuviesen allí. Luego, señaló a su lado, y Omar se sentó junto a él en el diván corrido con un ventanal encima.

Preguntó algo al chino, pero éste movió negativamente la cabeza, lo cual sorprendió no poco a Omar. Pero salió muy pronto de su sorpresa, y mirando a sus dos mujeres les hizo señas de que se sentaran allí mismo.

Lo hicieron en sendos sillones, y Babilone abrió su maletín de viaje rojo con florecillas azules estampadas, el que le había regalado aquel americano en Aden además de pagarle cinco mil dólares. Sacó un espejito, se miró, y sonrió. Luego, estuvo hurgando en el maletín, hasta encontrar el estuche de barritas de carmín. Eligió una de ellas, y se retocó un poco los labios, que adquirieron un color violáceo, llamativo, exótico…

Apareció un camarero chino con café, y Omar y el chino que parecía mandar allí, lo tomaron, sin acordarse de los demás. El chino había ofrecido cigarrillos a Omar, que también aceptó. Hablaban en árabe, muy atentos ambos, y parecían estar de perfecto acuerdo… Babilone había dejado el maletín abierto, y contemplaba su interior, como perpleja; al parecer, le faltaba algo. Miró a Naizda, como en busca de ayuda, pero la joven árabe no la miraba a ella, sino a Omar Al Beida, muy impresionada… Asustada, incluso. Tan asustada, que en determinado momento de la conversación, no pudo contener un respingo.

Inmediatamente, Omar y el chino la miraron. Luego, se miraron entre sí. El chino había adoptado por fin una expresión: su ceño se había fruncido, y su voz bajó de tono, de modo que Naizda y Babilone no pudieron oír lo que decía. Fuera lo que fuese, obligó a Omar a erguirse vivamente, asustado. Pero el chino insistió, y Omar, tras una breve vacilación, acabó por asentir.

—Falim —llamó.

Uno de sus protectores se acercó a él, y se inclinó. Omar le susurró unas palabras al oído, y el árabe se estremeció, sus ojos expresaron el sobresalto. Pero eso fue todo. Asintió, y volvió a su puesto.

El chino miró entonces a Babilone, y murmuró algo. Pero Omar sonrió, y movió negativamente la cabeza. Luego, al parecer, reanudaron la conversación que había interrumpido el respingo de Naizda. Babilone volvió a mirar a ésta, y la vio muy pálida, desencajado el rostro…

Tres minutos más tarde, su rostro aún se desencajó más cuando Falim se acercó a ella, se inclinó, y le dijo algo al oído. La mirada de Naizda fue hacia Omar Al Beida, que ni siquiera se dio cuenta de ello. Había una expresión suplicante en los bellos ojos de Naizda, pero sólo Babilone la vio. Falim le puso una mano en el hombro, con gesto más bien amable. Pero Naizda se estremeció, y se puso en pie. Entonces miró a Babilone, que, tras contemplar los temblorosos labios de la joven árabe, bajó la cabeza, como si estuviese obligada a contemplar el contenido de su maletín abierto.

Babilone cerró los ojos. Oía los pasos de Naizda y de Falim dirigiéndose hacia la escalerilla que llevaba a cubierta… Cerró los ojos con tanta fuerza que los párpados le dolieron, y también se mordió los labios hasta el punto de que resultó increíble que no sangrasen.

Falim regresó cuatro minutos más tarde. Miró a Omar, que le consultaba con la mirada. Falim asintió con la cabeza, Omar frunció el ceño, y continúo conversando con el chino. Pero ya muy poco más, apenas un par de minutos. Finalmente, ambos se pusieron en pie, se saludaron, y Omar se volvió hacia la silenciosa, inmóvil Babilone.

—Nos vamos —dijo, en inglés.

Babilone alzó la mirada.

—¿Nos vamos, mi señor? —se sorprendió.

—Sí. Regresamos.

—Pero ¿no debíamos pasar la noche fuera?

—Ya no.

Babilone cerró su maletín, y se puso en pie, caminando detrás de su amo y señor. Subieron a cubierta, pero, ciertamente, la joven

Naizda no estaba allí. Tampoco apareció en el momento de abordar la lancha. Ni cuando volvieron al coche, que emprendió el regreso hacia donde esperaba la avioneta. Iban los mismos personajes, excepto Naizda…

—Oh, mi señor —exclamó Babilone—, ¡nos dejamos a Naizda!

—Ella se queda.

—¿No vuelve con nosotros? —se sorprendió la negra.

—No.

—¿Se queda en el yate?

—Así es.

—¿Se la has regalado al chino?

—Sí —murmuró Omar—. Exactamente.

Babilone reflexionó unos segundos, antes de murmurar, con triste tono:

—¿Harás lo mismo conmigo cuando estés cansado de mi compañía?

—Quizá.

—Preferiría que me cortases la cabeza.

—También en eso puedo complacerte —replicó con aspereza Omar—. Eres una mujer muy deslenguada. Cállate.

Babilone se calló.

Todos permanecieron callados durante el camino de regreso.

En el cual hubo una novedad. El chino que había llegado antes en el coche, para recibirlos, no se quedó en tierra, sino que mientras el coche regresaba sólo con el conductor hacia el yate, él emprendió el viaje en la avioneta hacia El Otar.

Cuando el avión particular de Omar Al Beida tomó tierra en una pista del modesto aeródromo, su coche lo estaba esperando, con Suliman al frente del comité de recepción, formado por soldados a caballo. Y esto no dejó de sorprender a Babilone. Omar Al Beida había dicho que pasarían la noche fuera; y en tal caso, ¿por qué lo estaban esperando? Lo más lógico habría sido que lo hubiesen esperado al día siguiente, a menos que desde la avioneta hubiesen avisado por la radio que regresaban aquella misma noche. Pero Babilone estaba segura de que el aviso por la radio de la avioneta no se había producido.

¿Entonces…?

Omar presentó el chino a Suliman, y entonces Babilone creyó

entender por fin el nombre del chino: Song Wa.

También Suliman mencionó a Naizda, sorprendido. Omar le dio una respuesta que, por supuesto, Babilone no entendió. Sí había comprendido que Suliman preguntaba por Naizda al oír el nombre de ésta, pero no entendió la respuesta de Omar. En cambio, se fijó muy bien en la expresión de Suliman, que parecía desconcertado.

En el coche, regresaron al palacete Omar, Suliman, Babilone, y el chino que, al parecer, se llamaba Song Wa. Era ya noche cerrada y nadie parecía tener ganas de conversación. Suliman iba sentado junto al chófer; y Babilone, atrás y en un extremo del asiento, le veía el rostro de lado: parecía pensativo…, y un poco desconcertado todavía.

La pregunta era: ¿por qué tenía que estar desconcertado Suliman?

Finalmente, llegaron a la fortaleza dentro de la cual estaba el palacete de Omar Al Beida. El coche se detuvo ante el gran arco de la entrada, y Omar fue el primero en apearse, seguido del chino, mientras el chófer corría en vano intento de abrirle la puerta a su señor, que parecía tener prisa… De tal modo que, durante un instante, en el coche quedaron solamente Babilone y Suliman, éste ya con un pie fuera.

Y fue entonces cuando oyó la voz de Babilone tras él:

—Venga a verme a la piscina, dentro de dos horas.

Suliman se volvió, respingando. No debía haber oído bien, por supuesto.

—¿Qué…?

—Esto es para que lo escuche usted solo. Sea discreto.

Babilone se había agarrado al asiento de delante, y algo cayó de su mano a la mitad vacía del asiento de Suliman, que no tuvo tiempo de insistir en sus preguntas. Bajó la mano izquierda, y tocó algo frío, metálico. Lo alzó, cada vez más sorprendido, y se quedó mirando lo que para él era simplemente una pequeña radio a transistores, de fabricación italiana…

—¡Suliman! —oyó la perentoria llamada de Omar.

Suliman sólo vaciló una fracción de segundo antes de esconder el pequeño aparato bajo su amplia chilaba, que llevaba sobre el traje europeo para reservarse del polvo y del fresco de la noche. Fue el último en salir del coche, cada vez más desconcertado, pero se

encargó, con toda naturalidad, de acomodar al invitado chino en el palacete…, mientras Omar Al Beida y Babilone se dirigían hacia el aposento del primero, que pedía a gritos comida y leche de cabra muy fresca.

El viaje había terminado.

Capítulo VII

Omar Al Beida terminó de cenar, eructó poderosamente, y su mirada se clavó en Babilone, que estaba sentada junto a él, contemplándole con dulce expresión.

—¿No eructas? —preguntó hoscamente.

La dulce expresión de Babilone se convirtió en una sonrisa aún más dulce. Adelantó los labios, su estómago vibró un instante, y el eructo brotó, tan tenue que Omar se echó a reír. Pero de pronto, se quedó muy serio, mirándola con aquel gesto de atención que se estaba convirtiendo en habitual en él cuando contemplaba el bellísimo cuerpo negro.

—¿Cuándo estuviste conmigo la primera vez? —preguntó.

—Anoche, mi señor.

—¿Anoche? Y esta tarde, ¿no?

—Sí, mi señor: también esta tarde.

Omar Al Beida frunció el ceño, muy reflexivo.

—Tengo casi cuarenta mujeres —murmuró—. ¿Esperas que esta noche también te retenga a mi lado?

—Tú eres quien decide, mi señor.

—Puedo llamar a cualquiera de ellas.

—Lo sé, mi señor.

—Y nunca había tenido como favorita a una negra.

—Entonces, ¿soy tu favorita? —exclamó Babilone.

Omar Al Beida parecía estar molesto consigo mismo. Pero su mirada estaba fija muy elocuentemente en el cuerpo de Babilone, que esperaba anhelante su respuesta.

—No es tan fácil ser mi favorita —replicó el sultán.

—¿Qué tengo que hacer para serlo?

—Nada —refunfuñó furiosamente Omar—. Aprendiste tanto con otros, que te basta con lo que sabes. Ninguna mujer me había proporcionado tanto agrado.

—¿Y eso no me concede méritos suficientes para ser tu favorita… hasta que decidas cortarme la cabeza?

—Tú lo has dicho —sonrió fieramente Omar—, serás mi favorita… hasta que decida cortarte la cabeza.

Batió palmas, y los dejaron solos.

La respiración de Omar Al Beida era profunda, pesada, fortísima.

Babilone volvió la cabeza, y lo vio a su lado, tendido sobre el gran montón de almohadones. El aposento estaba ahora a oscuras, de modo que sólo la luz de la luna, en la galería, proporcionaba un lívido resplandor allí. El contraste entre esta lívida luz y la negra piel de Babilone era un tono casi violáceo. Ella se movió, quedando sentada, fija su mirada en el rostro del sultán. Dormía como si estuviese muerto, desmadejado, abierta la boca, resoplando como único signo de vida. Era enorme, y dormía tan pesadamente que no parecía fácil despertarlo.

Sin embargo, Babilone se alejó sigilosamente de los almohadones, para llegar adonde había dejado el maletín rojo con florecillas azules. Lo recogió, y regresó a los almohadones, a gatas, sin producir el menor ruido. Ni el más leve roce se había producido cuando de nuevo quedó junto a Omar, arrodillada sobre los almohadones.

Abrió el maletín, sacó el cepillo para el cabello, y apretó el mango… Un agudo estilete sobresalió, con suavísimo chasquido, por el otro extremo del cepillo, y el resplandor de la luna arrancó destellos fríos en la hoja de acero. Babilone acercó la punta al cuello de Omar, la apoyó en la fuerte papada… Sólo tenía que apretar con toda facilidad, y su señor moriría degollado en un instante.

Pero Babilone, cuyo ceño estaba fruncido, sonrió por fin, retiró el estilete, lo escondió en el cepillo, y guardó éste. Luego, de un pequeño frasco de perfume extrajo una pequeña ampolla de cristal, que sostuvo con dos dedos. También del maletín, sacó una compresa de gasa, que se colocó ante la boca y nariz. Luego, apretó la ampolla, rompiéndola sobre el maletín, de modo que los diminutos fragmentos cayeron dentro de éste.

Esperó quince segundos, retiró la gasa, la guardó, cerró el maletín, lo dejó en el sitio de antes, y se vistió: tenía una cita en el patio-jardín. Y no era de amor.

—Si no he interpretado bien el desconcierto de Suliman, nada impedirá que en este lugar del mundo me corten la cabeza —se dijo —. Pero debo haber acertado, porque de otro modo, él ya habría venido aquí…, y ya me habrían cortado la cabeza.

Ignorando a Omar, salió a la galería, y miró hacia abajo. No se veía a nadie. Había luz lunar más que suficiente para ver, hasta el punto de que se podía leer. Parecía que la luna estaba dentro de la piscina, en cuyas aguas inmóviles se reflejaba, llena, redonda, perfecta. Era como un bellísimo cuadro que alguien hubiese sido capaz de pintar.

Alrededor, los árboles y las flores, creando zonas de sombras, que iban a resultar muy convenientes y necesarias.

Como era necesario el mayor sigilo para acudir a la cita. ¿Qué debían hacer de noche los eunucos de Omar Al Beida?

Cinco minutos de observación del jardín llevaron a Babilone a una conclusión que no parecía admitir dudas: por la noche, los eunucos de Omar Al Beida debían dormir. Cosa que tenía sentido.

Así que, en silencio, pero ya tranquila, bajó al patio, y caminó hacia el centro, hacia la piscina, a fin de que Suliman que debía estar escondido por allí, la viese; cosa mucho más simple que dedicarse ella a buscarlo por las sombras…

Estaba ya junto al borde de la piscina, cuando de las sombras apareció la figura de un hombre, de pronto. Babilone notó el movimiento, y miró hacia allá… Sus labios se apretaron en un gesto de dureza: aquel hombre no era Suliman.

Y tan sólo con verlo caminar hacia ella un par de pasos, lo identificó: era uno de los eunucos. Con lo cual, quedaba resuelta una duda: los eunucos, de noche, no dormían, sino que debían tener turnos para vigilar a las esposas de su señor.

El hombre murmuró algo, y Babilone simuló no oírle, acercándose más al borde de la piscina, y comenzando a quitarse la ropa, con toda naturalidad.

Estaba ya casi desnuda de nuevo cuando el eunuco, gordo y fuerte, casi tan enorme como su amo, llegaba junto a ella. Llevaba la mano izquierda sobre la empuñadura de su alfanje, y la derecha cayó sobre un hombro de Babilone, pesadamente. Ella lo miró, frunció el ceño, y se sacudió aquella mano grande y fuerte, con un gesto despectivo, y señaló la piscina. El eunuco movió la cabeza con

gesto negativo, y señaló hacia la galería con la mano derecha, mientras la izquierda intentaba apartar a Babilone del borde de la piscina…, de tal modo que dejó de tenerla sobre la empuñadura del alfanje.

Entonces, con una rapidez que dejó paralizado al eunuco, Babilone asió la empuñadura, y tiró de ella, retirándola de la faja, y alzándola en el acto sobre la cabeza del eunuco. Los ojos de éste se habían desorbitado, su boca se abrió para emitir el grito…

¡Chak!, crujió la ancha hoja de acero en lo alto de su cabeza, hundiéndose en ella.

El grito del eunuco brotó, pero apenas audible. Cayó de rodillas, arrastrando el alfanje, que Babilone tuvo que retirar con seco tirón, que derrumbó de bruces al eunuco ante ella en el borde de la piscina…

Y todavía estaba Babilone retirando el alfanje hundido en aquella cabezota, cuando ya otra sombra aparecía desde el circundante jardín, corriendo hacia allí. Esta vez sí era Suliman, de modo que Babilone no se preocupó, porque la actitud del árabe no podía estar más clara a su favor… Se arrodilló junto al eunuco, y comenzó a empujar la mole hacia el agua.

Aún no lo había conseguido cuando Suliman llegaba junto a ella, jadeando, demudado el rostro. Babilone no le dio tiempo a decir nada.

—Agárrelo por un pie —dijo—. No perdamos tiempo.

Lo asieron cada uno por un pie, y acabaron de empujarlo hacia la piscina, en cuyas aguas lo fueron introduciendo, sosteniéndolo por los pies, hasta que Babilone calculó que el chapoteo ya no sería audible de modo comprometedor.

—Suéltelo ya.

Casi silenciosamente, el gigante eunuco desapareció bajo las aguas, ya móviles, ya roto el bello cuadro de la luna flotando en ellas. Babilone tomó una mano de Suliman, y tiró de ella, hacia las sombras del jardín. Encontró inmediatamente un lugar que le pareció adecuado, y se sentó, cruzando las piernas. Suliman seguía de pie a su lado, y ella alzó la cabeza.

—Siéntese —pidió.

El árabe lo hizo ante ella, cruzando las piernas también. No se veían bien, pero sabían que pronto podrían distinguirse uno al otro

casi como si estuviesen a plena luz lunar.

—¿Está asustado? —sonrió Babilone.

—Por Alá… ¿Quién es usted?

—Baby Lone. ¿Encontró el pequeño truco de mi aparato de radio?

—Sí… Sí, sí.

—Así lo supuse, ya que me pareció aficionado a usar micrófonos y cosas así. Como habrá podido comprobar, yo también sé hacerlo.

—¿Cómo lo ha conseguido? ¿Cómo ha conseguido esta grabación?

—En un yate. Abrí mi maletín, me pinté los labios, y puse en marcha el pequeño magnetófono que sin duda usted debe admirar por pequeño tamaño y perfecto funcionamiento… Acéptelo como un regalo. Y ahora, dígame qué es lo que hablaron Omar Al Beida y el chino del yate. Lo del asesinato de Naizda ya lo sé… La pobre muchacha se sobresaltó al escuchar lo que hablaban, y el chino exigió a Omar que la matase… ¿No es así?

—Sí.

—Inconvenientes de entender un idioma. Menos mal que Omar sabe que yo no entiendo el árabe, pues de otro modo, también a mí me habrían matado.

—¿Qué hicieron con Naizda?

—No lo sé con exactitud, pero sabemos que está muerta. La debieron degollar, esconder en el yate, y quizá ahora esté en el fondo del mar… Lo siento de veras, porque era una jovencita amable. Pero no podía hacer nada por ella. Supongo que, si hubiese intentado algo, sólo habría conseguido que nos matasen a las dos.

—Usted… ha matado a Ahmed como… como si no estuviese haciendo nada…

—Tengo práctica en estas cosas, y Ahmed habría hablado mucho mañana, o esta misma noche. Bueno, supongo que se refiere usted al eunuco, ¿no?

—Sí, claro… Yo sabía que estaba allí, y esperaba, pero no sabía cómo resolveríamos el problema de su presencia…

—Ya está resuelto.

—Pero mañana lo verán en la piscina…

—Mañana será otro día. Escuche, Suliman, usted está aquí porque ha escuchado y entendido una grabación, y yo estoy aquí

para que me facilite la traducción. ¿De acuerdo?

—Habla usted muy bien el inglés ahora.

—Aprendo con facilidad. Y entiendo muy bien lo que sucede a mi alrededor, por pocos indicios que se me proporcionen. Por ejemplo, en el caso de usted, comprendí que era ajeno a los planes del sultán cuando se desconcertó por la ausencia de Naizda. Si Omar le tuviera confianza a usted, le habría dicho que la había hecho matar, en cuyo caso, usted podría haber reaccionado de mil maneras…, menos con desconcierto. Por lo tanto, si usted se desconcertó, es que él no le dijo que la había hecho matar. ¿Qué le dijo?

—Me dijo que la había regalado a Tao Yan, y eso me… Sí, me desconcertó, porque Naizda hacía muy poco que estaba con él, y sé que le gustaba de verdad, Naizda había estado hasta hace unos meses estudiando en Inglaterra y ella…

—Naizda ha muerto —cortó Babilone—, descanse en paz. Dígame ahora quién es Tao Yan.

—Es el hombre que en la grabación conversa con Omar.

—Eso ya lo he comprendido. Y quizá he hecho mal la pregunta. La repetiré: ¿qué es Tao Yan? ¿Agente del servicio secreto chino?

—Sí… Sí, claro.

—¿Usted sabía que Omar estaba en tratos con el servicio secreto chino?

—Sí. Bueno, él me lo dijo después que capturamos a los tres agentes de la CIA… Dijo que, puesto que los americanos habían intentado invadir Otar con sus armas y con hombres de Meslima, él iba a devolverles el golpe, invadiendo Meslima con armas chinas y el asesoramiento estratégico del servicio secreto chino.

—¿Y a usted le pareció bien?

—No me gustó en absoluto que la CIA hubiese organizado la invasión de Otar.

—Lo comprendo, por supuesto. Ese viejo sucio y famélico, el que se llama Satuk…, ¿qué tiene que ver con esto?

—Satuk vive en las montañas del interior, y todos los hombres del desierto le obedecen. Por fortuna, ahora se había puesto de nuestro lado, pero…

—¿Ahora? ¿Antes no?

—Teníamos noticias de que Satuk estaba organizando un…

levantamiento, una sublevación, para atacar El Otar y matar al sultán…

—Pero ahora está de parte de Omar, ¿no?

—Sí… Porque Omar le ha engañado, como a mí. A los dos nos ha hecho creer que todo era obra de la CIA, que debíamos olvidar las rencillas entre Satuk y el palacio, y unirnos para darles una lección a Meslima. Le prometió a Satuk la mitad del sultanato de Meslima si aportaba sus hombres para la invasión, y todas las armas que pudiesen necesitar para vencer en una rapidísima guerra a los meslimas. Le dijo además que no era una invasión gratuita, sino que era la CIA la que estaba preparando la invasión de Otar, y que convenía que atacásemos nosotros primero: o invadir, o ser invadidos. Los de Meslima disponían de la ayuda americana, nosotros de la ayuda china: el que atacase primero, se quedaría con los dos sultanatos.

—Ya. Y Satuk ha aceptado aportar sus hombres a cambio de la mitad del sultanato de Meslima para él.

—Sí.

—No es un viejo muy listo, ¿verdad? Debería saber que en cuanto hubiese cumplido su parte, Omar le habría hecho asesinar. ¿O cree usted que no?

—Lo sé con seguridad —se tensó la voz de Suliman—. También mi muerte estaba prevista.

—¿Todo eso lo ha sabido usted por la grabación que yo le he traído?

—Sí.

—Pues creo que he hecho un buen trabajo, ¿verdad? —sonrió Babilone—. ¿Qué más cosas ha sabido?

—Que los tres hombres que murieron esta tarde, los americanos, no eran americanos… Me refiero a los del calabozo que usted vio cuando…

—Sé muy bien a quiénes se refiere. Pero me parece que se equivoca, Suliman. Yo diría que sí eran americanos.

—Bueno, sí. Americanos sí eran… Unos aventureros que había contratado Tao Yan y los había enviado a El Otar, donde Omar tenía que detenerlos, para que ellos delatasen las intenciones de la CIA. Pero no era cierto: la CIA no debe saber nada de todo esto, en realidad, y aquellos tres hombres no trabajaban para ella.

—Eso ya lo sabía yo.

—¿Lo sabía? ¿Se lo dijeron ellos?

—En cierto modo, sí. Bueno, el plan, según creo adivinar ahora, no puede decirse que sea malo… ¿Me permite que sea yo quien le explique todo el asunto ahora que tengo creo que todos los datos?

—¿Qué quiere decir? Yo puedo traducirle…

—No hace falta ya, Suliman. Escuche, tal como están desarrollándose los acontecimientos, yo deduzco lo siguiente: Tao Yan y Omar Al Beida se conocen hace tiempo, quizá, o, por lo menos, se conocen desde antes que se llevara a cabo esa jugada de capturar a tres falsos agentes de la CIA. ¿Cierto?

—Por la conversación de ellos, yo diría que sí.

—Muy bien. Veamos entonces: entre Omar Al Beida y Tao Yan deciden invadir Meslima, supongo que con el fin de apoderarse de su petróleo, y… ¿O me equivoco ahora? —se interrumpió Babilone al oír la exclamación de Suliman.

—No, no… ¡Está en lo cierto! El plan de ellos era apoderarse de Meslima, convertirlo en parte del sultanato de Otar, en el cual seguiría gobernando Omar Al Beida con todos los honores y lleno de riquezas, y, a cambio, sólo tendría que conceder la totalidad de las explotaciones petrolíferas de ambos sultanatos, que ahora serían uno solo, a China.

—Pues eso es lo que yo había pensado, en efecto. Pero, a fin de evitarse compromisos y acusaciones, el servicio secreto chino trama un plan, que expone a Omar, y éste acepta: simularán que los americanos han pretendido ayudar a Meslima a invadir Otar, y así, su acción de ser ellos los invasores de Meslima quedaría justificada como un… acto defensivo, de seguridad. Invadir o ser invadidos, en efecto. Y para que todo parezca verdad, contratan a tres aventureros americanos, los instruyen respecto a lo que tienen que hacer, los envían a El Otar, son encarcelados, y confiesan ser de la CIA, explican los planes de ésta… Ya está la trampa tendida, ya está conseguida la justificación de Omar Al Beida para invadir «en acto defensivo» el sultanato de Meslima…, el cual, por cierto, ni dispone del apoyo de la CIA en modo alguno, y, mucho menos, de armas fabricadas o facilitadas por Estados Unidos. O sea, que Meslima sería una fácil presa para los hombres de Omar, incrementados por los del… levantisco y disconforme Satuk. Con lo cual, Omar hace

dos jugadas en una: no sólo se habría anexionado Meslima, sino que habría colocado a Satuk de su parte. Y entonces, cuando lo hubiesen conseguido todo, habría mandado asesinar a Satuk, librándose así de un hombre de las montañas y desiertos que, al parecer, no está muy conforme con el modo de gobernar el sultanato que tiene Omar Al Beida. Esto es lo que se llama matar dos pájaros de un tiro… ¿Me he equivocado en algo, Suliman?

—No… No, no: eso es lo que se comprende perfectamente escuchando la grabación que usted me ha proporcionado.

—Bien… En ese caso, creo que ha llegado la hora de darle una lección a Omar Al Beida, ¿no le parece?

—Si le llevo esta grabación a Satuk, no dejará piedra sobre piedra en este palacio.

—Sería una lástima, porque se está muy bien en él. ¿No le gustaría ser sultán, Suliman?

—¿Yo? —respingó el árabe.

—¿Por qué no? —rió Babilone—. ¿Acaso no se considera capaz de afrontar tan… fatigoso cargo?

—Lo haría mejor que Omar —susurró Suliman—. Y Satuk ya no tendría por qué organizar sublevaciones, ni…

—Bueno, pues haremos eso.

—Haremos…, ¿qué?

—Le nombraremos sultán a usted… Pero no cuente conmigo para favorita.

—¿Está bromeando? —exclamó Suliman—. ¿Está usted bromeando con todo esto?

—No. Pero me temo que si yo no le diese buenos consejos usted haría las cosas de tal modo que todo el sultanato de Otar se llenaría de sangre. ¿Le gustaría hacerlo de tal modo que ni siquiera sonase un solo disparo?

—¿Qué está tratando de decirme? No comprendo…

—Mire, Suliman, yo podría marcharme ahora mismo de aquí, y dejarle a usted con todo el lío, pero… hay una cosa que no me ha gustado nada de todo esto: la participación china, y, como consecuencia de ella, el hecho de que dos compañeros míos, éstos auténticos, han podido ser asesinados. Por supuesto que esto entraba dentro de los planes de Tao Yan, y… yo siempre paso mi factura. Quiero a Tao Yan.

—Él no está aquí. Usted sabe que está en el yate, ¿no?

—Vendrá aquí.

Suliman movió negativamente la cabeza.

—No. Ha enviado a Song Wa para que nos asesore en todo lo que precisamos. Es un experto… Tao Yan no tiene que venir a El Otar para nada, ya se convino así. Ni él ni China deben ser mencionados. Por eso, en lugar de regresar Omar mañana, regresaron esta noche misma, para que nadie viese a Song Wa…

—Ya comprendo la jugada, pero Tao Yan vendrá. No va a tener otro remedio. Por cierto: ¿verdad que están en contacto por radio con él?

—Sí… Claro, sí.

—Pues vendrá, porque el propio Omar lo llamará.

—Es imposible conseguir eso de Omar: no llamará a Yan. Lo convenido…

—Olvide eso. Mire, Suliman, las cosas pueden hacerse bien y pueden hacerse muy mal. Si me deja dirigir esto, se harán bien. Si prefiere encargarse usted de la última parte, dígamelo, y me marcharé con mis amigos…, deseándole muy buena suerte, y que Alá le ilumine. Decídase.

—Pero… ¿quién es usted realmente?

—Ya se lo he dicho: Baby Lone. ¿De verdad no le dice nada mi nombre?

—No… Lo siento, no.

—Igual que a aquellos tres americanos desaprensivos que se prestaron a pasar por agentes de la CIA —murmuró Babilone—. Pero en usted, no resulta sorprendente que jamás haya oído hablar de Baby Lone; ellos, en cambio, tuvieron que comprender. Y no comprendieron… Luego, no eran agentes de la CIA, sino traidores, que estaban aportando su colaboración en un asunto que sólo serviría para desprestigio de la CIA y de Estados Unidos. Unos traidores, sí, de modo que bien muertos están.

—¿Usted supo que no eran de la CIA por algo que ellos dijeron?

—Por algo que no dijeron, ni siquiera cuando les mencioné bien claramente el nombre de Baby. No entendían nada, eran groseros y canallas de verdad, no estaban fingiendo, no… Para ellos, yo era solamente una negra que sólo servía para una cosa. Mis Simones habrían comprendido, habrían reaccionado de otro modo… Se las

habrían arreglado para decirme que comprendían que yo era Baby.

—¿Sus qué…?

Suliman vio los blanquísimos dientes de Babilone mientras ella movía amablemente la cabeza.

—Si no lo sabe, mejor. Eso es lo que yo llamo un anonimato perfecto.

—No tan perfecto: he comprendido que usted es de la CIA. Pero —se apresuró a añadir— también he comprendido que, por esta vez, la CIA está jugando limpio en estas latitudes. Así que, ¿cómo dirigiría usted la… parte final de este asunto?

—¿Va a aceptar?

—De momento, puedo escucharla —respondió cautamente Suliman.

—Está bien. Veamos: lo primero que usted tendría que hacer…

Capítulo VIII

Song Wa abrió de pronto los ojos, sobresaltado, sentándose velozmente sobre el montón de almohadones y llevando la mano a su sobaco, donde tenía la pistola.

Pero la pistola no estaba allí, en la funda, así que se volvió hacia donde había tirado la chaqueta, única prenda que se había quitado para dormir. Todavía estaba medio dormido, y su reacción era instintiva, aunque en el fondo sabía que no se había desprendido de la pistola…

—La tengo yo, Song Wa —oyó a su izquierda.

Volvió vivamente la cabeza, y vio a Suliman, sentado en los almohadones. Sí, le vio perfectamente al resplandor de la luna, que también brillaba sobre la pistola que el árabe tenía en la mano. La pistola del propio Song Wa.

—¿Qué hace aquí? —susurró éste.

—Tengo que hablar con usted.

El chino entornó los ojos.

—¿Sobre qué?

—Sobre la sucia jugada que les está preparando Omar Al Beida.

—¿De qué está hablando?

—Lo he dicho bien claramente, Song Wa: Omar Al Beida les está engañando. Todo esto, en el fondo, es una jugada de la CIA…

—No es posible —jadeó el chino.

—¿No? Muy bien… Si lo prefiere, le devuelvo su pistola y me voy. Podría matarle, porque quizá usted decida delatarme a Omar, pero le dejaré vivo para que llegue a conocer la verdad sobre la jugada de Omar. ¿De verdad no lo entiende?

—No… No lo entiendo.

—Omar está siguiendo instrucciones de la CIA…

—¿Instrucciones de la CIA? ¿Qué instrucciones, con qué objeto…?

—Hay una persona que nos está esperando en el patio central, que ha estado trabajando para mí exclusivamente, y que se lo podrá explicar todo a la perfección.

—¿Qué persona?

—Babilone. Es la negra que acompañó esta tarde a Omar al yate de Tao Yan.

—¿Esa negra trabaja para usted?

—Sí, para mí…, aunque esté siendo la favorita de Omar en estos últimos días. Todo estaba previsto así. Mire, Song Wa, si le interesa una interesante explicación, vamos allá. Si no, aquí tiene su pistola —se la devolvió— y usted sabrá si esta noche podrá continuar durmiendo.

Song Wa había tomado la pistola rápidamente, y con ella apuntaba a Suliman, que permanecía inmóvil, esperando su decisión… Decisión que sólo tardó un par de segundos en llegar.

—De acuerdo: vamos a ver a esa negra.

—Acaba de demostrar que es listo, Song Wa. Escuche, tenemos que salir de aquí sin que nadie pueda vernos u oírnos, de modo que colóquese detrás de mí, haga lo mismo que yo haga, y procure no tropezar con nada, ni apartarse de las sombras. Conozco bien el palacio, así que si me imita en todo, no habrán problemas.

—Está bien. Vamos allá.

Sentada en la oscuridad, Babilone los estaba oyendo llegar a través del jardín. Lo cual significaba que Suliman había conseguido su objetivo sin contratiempos.

Y en efecto, segundos después, los dos hombres llegaban junto a ella, al lugar donde antes había sostenido la conversación con Suliman y finalmente le había dado instrucciones. Se puso en pie y se quedó mirando al chino, cuyos ojos se habían acostumbrado sin dificultad alguna a la oscuridad de aquella parte del jardín.

—Sea bien venido, Song Wa —murmuró Babilone—. ¿Le ha explicado Suliman lo que sucede?

—Dice que usted me lo explicará mejor.

—¿Mejor? No sé… Una cosa que sólo tiene una explicación no precisa de grandes oradores para ser relatada. Bien, como puede comprobar, mi inglés es bueno, yo diría que casi perfecto, como el suyo. Esto implica que somos dos profesionales que no debemos andarnos con tonterías… ¿De acuerdo?

—La escucharé con mi mayor atención.

—Como es lógico puesto que trabajo para Suliman, yo sé los planes de ustedes, los chinos, y lo que están tramando con Omar Al Beida: todo eso de los tres americanos, el falso envío de armas americanas a Meslima. Todo eso.

—Sí, sí, está bien. ¿Qué más?

—Antes quisiera aclarar unas dudas, Song Wa, respecto a los americanos. Los tres que fueron… ejecutados por Omar, ya sé que eran enviados de ustedes, así que les resultó fácil controlarlos, cosa que, además, estaba prevista. Pero… ¿cómo sabía Omar Al Beida la existencia de dos auténticos agentes de la CIA y el lugar donde tenían su punto de trabajo, radio incluida?

—Nosotros lo sabíamos, y se lo indicamos en el momento oportuno.

—Ya pensé algo así, puesto que el… servicio de espionaje de Omar es prácticamente inexistente. Tenía que haber sido alguien mucho más preparado quien localizase y delatase a los dos auténticos agentes de la CIA. Pero, si ya tenían tres que ante el mundo pasarían por espías americanos…, ¿para qué querían a dos que lo negarían todo?

—No los queríamos vivos, sino muertos. Así, serían cinco los agentes de la CIA que habrían estado trabajando en El Otar. Es decir, mayor cantidad de espías, dos de ellos muertos… Cada vez sería todo más convincente.

—En resumen: ustedes, los chinos, fueron los que… decidieron la muerte de los dos auténticos agentes de la CIA.

—Sí… Claro.

—¿No le parece que eran innecesarias?

Las cejas de Song Wa se alzaron, en gesto divertido.

—Ninguna muerte es innecesaria cuando forma parte de un plan de espionaje.

—Ah… ¿Lo entiende usted así?

—Por supuesto.

—Lo celebro, Wa, porque yo voy a matarle a usted ahora. Y quizá comprenda por qué si le digo un solo nombre: Baby… ¿No cree que es muy parecido a Babilone?

Song Wa había lanzado una exclamación, un respingo fortísimo, y había recurrido a su pistola, que apuntaba ya firmemente a la

hermosísima negra…, cuyos blancos dientes destellaron una vez más en la oscura zona al oír el chasquido del disparo efectuado por el chino.

Clic, hizo la pistola… Clic, clic, clic…

La verdad estalló en la mente de Song Wa: Suliman le había devuelto la pistola, sí, pero… sin el cargador. ¡Y estaba ante la agente Baby de la CIA, a la que acababa de decir que él había sido uno de los partícipes en el plan que incluía la muerte de dos agentes americanos…!

Al mismo tiempo que toda esta verdad estallaba en la mente de Song Wa, intentó dar media vuelta y zambullirse en la oscuridad. Pero, con el estallido de la verdad, llegó también el estallido de su propia cabeza:

Baby le había asido la mano armada, reteniéndolo, impidiéndole dar la vuelta para escapar, mientras la mano derecha de la espía americana describía un veloz arco por arriba, que terminó en la sien izquierda de Song Wa.

Se oyó un pequeño crujido en la cabeza del chino, que habría salido disparado hacia atrás si Babilone no le hubiese estado reteniendo por la mano armada con la inútil pistola. Así, Song Wa hizo un extraño gesto hacia atrás, pareció rebotar, y cayó, fulminantemente muerto, a los pies de la negra, que lo soltó entonces, y se volvió hacia el impresionado, sobresaltado Suliman.

—Ocúpese de la pistola, Suliman.

—Sí… Sí, sí… Por Alá, esto es… implacable.

—Es espionaje. Vamos, ya no perdamos más tiempo: quítele la funda, meta la pistola, ya cargada, en ella, y vaya a dejarla en el dormitorio del chino. Yo me ocuparé de lo demás.

—¿Y luego…?

—Luego, volveré a dormir, y esperaremos a mañana. Ya verá como todo sale bien…, si usted hace bien su parte.

—Sí, la haré, puede estar segura.

—Tanto mejor. Hasta mañana.

Babilone se inclinó sobre el cadáver del chino, y, para nuevo pasmo de Suliman, lo alzó y se lo echó con facilidad en un hombro. Luego, lo llevó hasta el borde de la piscina, lo dejó allí, bien visible, y se retiró al aposento de Omar Al Beida.

El cual, ciertamente, aunque esto no lo sabía Suliman, seguía

profundísimamente dormido. No sólo por su propia necesidad de dormir, sino porque todavía duraban los efectos de la pequeña ampolla de gas que Babilone había reventado junto a él.

—Duerme, mi señor —sonrió la negra, arrodillada unto a él—. Duerme tranquilo, que tu favorita vela tu sueño…

—¡Mi señor! ¡Mi señor Omar Al Beida, despierta! ¡Despierta, despierta…!

Era imposible no despertar con los gritos que estaba profiriendo Babilone, así que Omar Al Beida despertó, se sentó, y miró a su favorita, que le contemplaba con ojos desorbitados, y temblaba…

—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritas…?

—¡El chino está muerto, mi señor!

—¿El chino? ¿Qué…?

—¡El chino! ¡Está muerto, abajo, junto a la piscina! ¡Yo he bajado para bañarme al amanecer, que sabes que me gusta, y lo he visto, y he…!

Omar Al Beida ya no la escuchaba. Había corrido hacia la galería, miró hacia abajo, y vio a Song Wa, tendido cara al cielo del amanecer, de un bellísimo color naranja. Omar lanzó una exclamación, y luego corrió escaleras abajo, gritando, llamando a la guardia, a los eunucos…

Arriba, desnudita, convertido su cuerpo en una perfecta estatua de color cobre debido al brillo del sol en la negra piel, Babilone, la favorita, vio llegar a su señor junto a Song Wa, inclinarse, moverlo…, mientras por el pasillo llegaban corriendo tres guardias y el eunuco superviviente casi desnudo, poniéndose una faja en torno a la cintura…

La hermosísima Babilone desdeñó el espectáculo. Regresó al centro del aposento, se sentó en los almohadones delante de la mesita en la que todavía quedaba fruta de la noche anterior, y tomó un higo, lo olió, y asintió con un delicioso gesto.

—Voy a comerte, dulce higo de mi señor, el bienamado Omar Al Beida… ¡Pobrecito, mi señor, qué malos ratos le esperan ahora! ¿Sabes lo que va a pasar, higo? Pues que no tardarán mucho en encontrar también el cadáver del eunuco. Alguien lo verá, a través del agua, en el fondo de la piscina, y gritará. Lo sacarán del agua, y verán su cabeza partida por un tajo tremendo, y entonces, pensarán, y pensarán, y pensarán… Por último, tendrán que «comprender» lo

que ha pasado esta noche en el patio: el chinito quiso pasarlo bien con alguna de las mujeres de mi señor, pero el eunuco lo vio, se acercó a él y le dijo que eso no podía hacerlo sin el permiso del sultán, así que se enfadaron uno con otro, y entonces, el chino le quitó el alfanje al eunuco y le partió la cabeza, para que no se fuese con el chivatazo al gran Omar. Pero, al mismo tiempo, el eunuco, que es muy fuerte, le dio un golpe que acertó al chino en la sien, y lo mató. Uno cayó en tierra firme, el otro dentro de la piscina… Fin. Luego, ya veremos si Suliman sabe hacer las cosas. Y ahora, hermoso y dulce higo, ahora que ya te lo he explicado todo, perdóname, pero voy a comerte…

Y se lo comió.

Grata suerte para un higo.

—Mala suerte, mi señor —murmuró Suliman—. Muerto el chino Song Wa, hemos perdido la asesoría respecto a la invasión de Meslima, precisamente ahora que Satuk está reuniendo a todos sus hombres de las montañas y del desierto muy cerca de El Otar.

—La maldición de Alá caiga sobre ese cerdo —bramó Omar Al Beida—. Si quería una mujer anoche, ¿por qué no me lo dijo? ¡Le habría dado una docena! ¡Estropearlo todo por una mujer…! ¡Alá sea misericordioso con nosotros! ¿Qué vamos a hacer ahora, mi buen Suliman?

Suliman se pasó la mano por la barbilla, en gesto de profunda reflexión, refrendado por la expresión de sus ojos, que por un instante habían mirado a Babilone, que se perfumaba en silencio tendida en los almohadones detrás de Omar, de modo que éste no podía verla, ni captar su sonrisita divertida. Suliman sí la captó, y por eso desvió la mirada, para no delatarse en su complicidad con aquella asombrosa mujer, que había adivinado todo lo que iría sucediendo, sin un solo fallo…

—He estado meditando, mi señor —murmuró Suliman—, y creo que debemos avisar inmediatamente a Tao Yan…

—Claro que hay que avisarle, pero…

—Permíteme hablar a mí, mi señor, pues creo que tengo la solución… Nosotros no tenemos culpa en lo sucesivo, ¿verdad?

—Claro que no —se asombró Omar.

—La culpa la ha tenido Song Wa. O, quizá, eso nunca lo sabremos realmente, tu eunuco Kasim. Cualquiera de ellos dos, pero

no nosotros. Entonces, tenemos que llamar a Tao Yan, decirle exactamente lo que nosotros sabemos, y pedirle que nos envíe otro asesor estratégico para nuestra guardia y Satuk, porque de otro modo, la invasión de Meslima sería desastrosa, e incluso podríamos fracasar.

—Tienes razón… Pero Tao Yan no dispone de más asesores. Hizo venir a Song Wa, y ahora, si tuviese que llamar a otro, sería un proceso largo que…

—Puede venir el propio Tao Yan, mi señor.

—¿Qué dices? —exclamó Omar.

—Estoy seguro de que Tao Yan será aún más eficaz que Song Wa. Puedes enviar tu avioneta a buscarlo, y los dos le explicaremos lo que creemos ha sucedido… Tao Yan es inteligente, mi señor, y comprenderá que tiene que aceptar los hechos, y afrontar personalmente la situación. Nosotros no tenemos culpa de nada, y si él no viene a asesorar a Satuk y a nuestra guardia, todo habrá sido en vano. ¡Debemos darles un buen escarmiento a los de Meslima, mi señor! Llamemos a Tao Yan, disculpémonos con él, agasajémosle… Él puede estar aquí esta misma tarde, pues apenas ha pasado el mediodía… Le ofrecemos una fiesta, con nuestras disculpas…, y luego, Tao Yan, Satuk y el jefe de nuestras fuerzas pueden dedicarse a preparar el ataque para el amanecer…, si a Tao Yan le parece bien. ¡Y si te parece bien a ti, mi señor!

Omar Al Beida, que contemplaba estupefacto a Suliman, consiguió reaccionar, por fin.

—¡Suliman, eres un enviado de Alá! —exclamó.

—No tanto, mi señor —sonrió modestamente el pulcro árabe—: Solamente quiero servirte bien toda mi vida.

—¡Tendrás una especial recompensa por esto! ¡Y voy a llamar ahora mismo por la radio que me facilitó Tao Yan! ¡Le diré…! ¡Le diré todo eso, y él tendrá que venir! ¡Tú encárgate de invitar a la fiesta a Satuk, prepáralo todo…! ¡No perdamos tiempo!

El gigantesco Omar Al Beida se puso en pie, y corrió hacia la salida de su aposento, seguido por Suliman… Los dos se volvieron al oír la voz de Babilone:

—Mi señor: ¿voy contigo?

—¡No! —rugió Omar Al Beida—. ¡Tú quédate aquí, y no me molestes con tonterías en el día de hoy! ¡Esto no es cosa de mujeres!

Dio de nuevo media vuelta, y salió del aposento, siempre seguido por Suliman.

Babilone se desplazó perezosamente sobre los almohadones, hasta llegar al lugar habitual de su señor, y, con traviesa sonrisa, tomó la boquilla del narguilé y la acercó a su boca.

—Me pregunto —murmuró— qué es lo que cree mi señor que pueden hacer las mujeres. Me pregunto si tal vez como creo haber interpretado, Suliman lo ha convencido con mis planes. Me pregunto… ¿Y por qué me he de preguntar tantas cosas, si pronto se solucionará todo? Lo que me viene ahora de gusto es fumar. ¿Me permites, narguilé?

El narguilé debió dar una respuesta afirmativa que sólo Babilone oyó, porque se puso a fumar con gran placer.

Capítulo IX

—Es un gran placer tenerte con nosotros, Tao Yan —dijo Omar Al Beida. Placer doble al comprobar que no nos guardas rencor por lo sucedido… ¿Más fruta?

Tao Yan negó con la cabeza, desvió la mirada de la sonriente Babilone, que yacía cerca de ellos, muy bien perfumada, lustrosa su negra piel, increíbles sus ojos azules, impresionantes sus senos casi al descubierto.

—No, gracias. Es muy extraño que Song Wa hiciera eso, Omar. Song Wa era uno de los mejores hombres del servicio secreto chino, muy bien entrenado mentalmente… Era como una máquina…

—Bueno —sonrió Omar Al Beida—. Ya sabes que cualquier máquina puede fallar, mi buen amigo. Song Wa vio a mis esposas, a la mayoría de ellas, y quizá tuvo un capricho que…

—Eso no me lo imagino en Song Wa.

—Nosotros no te hemos mentido. Nosotros…

—Sé que no mientes, Omar. Pero es tan extraño… Bien, vamos a olvidarlo, y ocupémonos de lo que importa. ¿Estás seguro de que Satuk seguirá mis instrucciones?

Omar Al Beida se inclinó hacia el chino, sonriendo astutamente.

—Está bien engañado, no te preocupes —susurró—. Tú sólo piensa en la forma de invadir Meslima, y yo me ocuparé de todo lo demás. Pero no ahora… Ahora, descansemos y gocemos…

—No es momento de…

—Sí, es momento. Tú piensas de un modo, pero Satuk piensa de otro modo. Está aquí porque le he invitado a una fiesta antes del ataque… Si no le doy la fiesta, se ofenderá.

—Está bien. Esperaré el tiempo que sea necesario. Dale gusto a Satuk y a sus harapientos amigos.

—Eso es lo mejor.

Omar Al Beida batió palmas, y en el acto, entraron en el

aposento una docena de bailarinas prácticamente desnudas. Detrás de Omar y sus invitados, sentados en fila de cara a la puerta, comenzó a sonar la música, y uno de los acompañantes del viejo Satuk emitió una especie de rugido cuando las bailarinas comenzaron a moverse, ondulantes…

Babilone estuvo unos segundos mirándolas. Luego, miró a su alrededor. Sí, allí estaban todos: Suliman, Satuk, el jefe de la guardia, Tao Yan, Omar Al Beida. La fiesta comenzaba, los ojos de los árabes se iban llenando de fuego… Se llenarían tanto de fuego en todo el cuerpo, que sólo podría ser apagado, cuando, finalizada la fiesta, se retirasen a los aposentos que les asignaría Suliman…, llevando cada uno de ellos una o dos de aquellas bellas esclavas que les estaban haciendo hervir la sangre…

Babilone se desplazó lánguidamente hacia Omar, y le tocó en un brazo. Omar la miró, ella sonrió, le hizo una seña, y el sultán se inclinó hacia su favorita, para escucharla… A medida que ella hablaba, la expresión de Omar Al Beida iba siendo más y más alegre. Por fin, entusiasmado, asintió con la cabeza. Entonces, Babilone se fue hacia uno de los guardias, moviéndose como si su cuerpo fuese un junco agitado por el ardiente soplo del desierto…

Omar Al Beida se inclinó hacia Tao Yan.

—Vas a ver algo especial, una habilidad de mi favorita que yo mismo ignoraba…

—Parece muy inteligente —comentó Tao Yan, mirando en busca de Babilone, que estaba tomando el alfanje de uno de los guardias.

—¿Inteligente? —se sorprendió Omar.

—Sí. Y son muy extraños sus ojos en una negra…

—Es nubia… Y su padre era blanco.

—Ah… Bien, de todos modos, sus facciones son tan correctas que resulta muy sorprendente.

—Babilone es sorprendente, sí —sonrió Omar—. Cuando terminen las bailarinas, ella nos deleitará con la danza del sable. ¿La conoces?

—No.

—Entonces, celebro poder ofrecerte ese incomparable espectáculo. ¿De verdad no quieres más fruta?

Tao Yan negó, y volvió a mirar a Babilone, que, con el alfanje, se dirigía hacia la puerta. Desapareció. Y Tao Yan dedicó su

atención a las bailarinas, que estaban provocando un incendio tremendo entre los amigos del viejo Satuk tendidos junto a éste sobre los almohadones…

Omar Al Beida batió palmas, y las bailarinas se retiraron velocísimamente, dejando defraudados a los árabes, que miraron con el ceño fruncido a su anfitrión. Éste sonrió, dio una explicación, y todos miraron hacia la puerta, vivamente interesados.

Segundos después, aparecía Babilone, ataviada únicamente con una ligerísima túnica de gasa roja que flotaba a su alrededor… Un murmullo recorrió el aposento privado de Omar Al Beida, que sonrió satisfecho, inclinándose ahora hacia Satuk.

—Lo mejor para mis amigos, Satuk.

—Si eso es cierto, no vacilarás en regalarme a esa mujer —pidió Satuk, relucientes los ojos.

—¿Por qué no? Cuando termines victorioso la invasión de Meslima, Babilone será uno más de mis obsequios… Lo mejor para mis amigos.

—En ese caso, cuente siempre con mi amistad: lo pasado, pasado está.

—Alá es testigo de tus palabras —murmuró Omar.

Y los hombres allí reunidos estaban siendo testigos de la danza del sable, que Babilone había iniciado con gestos lentísimos… Más que moverse, más que desplazarse, parecía estar flotando, mientras blandía el alfanje, lo dejaba caer lentamente, giraba lanzando un tajo en diagonal, caía al suelo, rodaba voluptuosamente por las tristes baldosas, se ponía en pie lentamente… Pero cada vez menos lentamente, siguiendo el compás de la música, que iba acelerando su ritmo. Se acercó a Omar, cayó de rodillas ante él, sonrió, agitó el alfanje, giró de lado, efectuó un salto increíble…, y a partir de ese momento los hipnotizados, alucinados espectadores, se dispusieron a presenciar la verdad de la danza del sable, la furiosa danza vertiginosa en la que la bailarina lanzaba mandobles a todas partes… Babilone giraba y giraba, acercándose de nuevo a Omar y sus amigos invitados, lanzando mandobles…

Llegó delante de Omar con el alfanje en alto, y sus ojos extraordinarios se posaron, no en Omar, sino en Tao Yan, que la miraba con grandísima atención.

—Soy Baby, Tao Yan —jadeó Babilone.

Mientras decía esto, siguiendo impecablemente el movimiento de la danza, hizo descender el alfanje sobre la cabeza de Tao Yan… Antes de partírsela por el centro, Babilone pudo ver el gesto de sobresalto primero, el de espanto inmediatamente, en el rostro del chino.

Ya no pudo ver nada más, porque la sangre que brotó de la cabeza lo ocultó todo, convirtiéndolo en una mancha roja que salpicó a todos lados.

Todo esto, en un instante tan brevísimo que cuando Babilone retrocedió, dejando el alfanje incrustado en la cabeza de Tao Yan, sonaba el primer respingo de sobresalto, en seguida una exclamación, un grito, un movimiento instintivo de espanto, de incredulidad.

Demudado el rostro, desencajado por la incredulidad más impresionante de su vida, Omar Al Beida dejó de mirar al ejecutado Tao Yan, y volvió sus desorbitados ojos a Babilone, que le miraba con un gesto nuevo, siempre sorprendente… Un gesto indiferente, frío, distante.

—Por Alá —jadeó por fin Omar Al Beida—. ¡Esto…! ¡Matadla! ¡Matad a esta perra…!

—No —se adelantó Suliman—. Permíteme que sea yo quien tome decisiones esta vez, Omar.

—¿Tú? ¿Tú? ¡Los dos vais a…!

Suliman mostró la mano con la palma hacia arriba, y todos vieron en ella el pequeño objeto metálico.

—Quiero que escuchéis esto todos —miró especialmente a Satuk y al jefe de la guardia—. Y lo que vais a escuchar no será mi voz, sino la de nuestro sultán, hablando con el chino en el yate de éste… Quiero que lo escuchéis todo bien, en especial tú, Satuk, y tú, Salim. Escuchad. Y aquel que no quiera escuchar, será el más traidor de todos…

Inmediatamente, antes de que alguien tuviera tiempo de reaccionar, Suliman puso en marcha el diminuto magnetófono contenido en el aparato, y del cual brotó una voz que, al principio, nadie conoció…, excepto el propio Omar Al Beida, cuyo rostro se demudó aún más.

Miró a Babilone, pero ésta miraba ahora hacia el exterior, hacia la bella tarde azul y roja, hacia las copas de los árboles que se veían

desde allí… La voz sonaba un tanto metalizada, pero muy pronto fue identificada, y todas las miradas fueron hacia Omar, que suspiró profundamente.

Todos estaban tan absortos en aquello que nadie reparó en que la hermosísima negra daba media vuelta y se dirigía hacia la puerta. Nadie se opuso a su paso. Recorrió la galería, mirando hacia la piscina, las flores, escuchando el canto de los pájaros… Pronto moriría el día, dejando paso a otro, que sería mejor en aquella parte de Arabia. No habría guerra, no habrían muertos…, excepto aquellos que lo habían merecido.

Llegó al aposento de las mujeres, se quitó la roja gasa que velaba tan tenuemente su cuerpo, y se puso el vestido dorado. Recogió su maletín, miró alrededor como quien no quisiera olvidarse algo, y volvió a la galería, recorriéndola en sentido inverso. Cuando entró en el aposento de Omar Al Beida, la grabación estaba terminando. Omar Al Beida había dejado caer la cabeza sobre su descomunal pecho, y los rostros de todos los allí reunidos, incluso los de los soldados de la guardia, estaban crispados en una mueca de furia, de odio.

De pronto, Satuk lanzó un grito, se puso en pie, arrancó el alfanje de la cabeza de Tao Yan, y con una energía insospechada en su viejo cuerpo, lo bajó sobre el cuello de Omar Al Beida. Fue un tajo certero, y limpio, definitivo.

Babilone contempló unos segundos la Cabeza de Omar Al Beida, que había rodado por el suelo, y se estremeció. Luego, dio media vuelta, y salió para siempre de aquel aposento: Omar Al Beida ya no necesitaría, jamás, una favorita.

Así que la favorita del sultán se iba…

—¡Babilone!

Ella se volvió, y contempló amablemente a Suliman, que corría hacia ella por la galería, todavía desencajado el rostro, lívido.

—¿Sí, Suliman?

—¿Adónde va?

—A casa… Vuelvo a casa.

—Pero… Bueno, ¿dónde es eso? ¿Cómo va a volver? Puedo llevarla en la avioneta, o…

—¿De veras? —sonrió ella—. Bueno, la avioneta, no, Suliman, pero… francamente, caminar diez millas no me hace ninguna

gracia.

—¡Caminar diez millas…! ¡Claro que no! ¡Dígame adónde quiere ir, y yo, yo personalmente, la llevaré con el coche, o como usted quiera!

—Oh, con el coche está bien… Zambomba, ¡de lo que me he librado!

Se había librado del calor al llegar allí casi de noche, de acuerdo a lo convenido para cada día. Pero, Simón-Aden, en realidad, no necesitaba la noche para sentir fresco, porque cada día, el frío que sentía era más intenso… Cada noche llegaba allí, esperaba, y al amanecer, regresaba de vacío a Aden, sin que ella hubiese aparecido, sin que le hubiese llamado…

—Santo Dios… Esto es inútil, debe estar muerta. Jamás me perdonaré…

Bip, bip, bip, bip…, llamó su radio de bolsillo.

Simón-Aden lanzó un chillido, y se puso en pie de un salto, sacando la radio tan precipitadamente que casi escapó de sus dedos.

—¡Sí! —gritó—. ¡Sí, adelante!

—Me gustan los muchachos que saben cumplir su parte, por aburrida e ingrata que sea, sin rechistar, sin protestar. Gracias, Simón. ¿Cómo está?

—Bi-bi-bien… ¡Bien! ¡Baby, está usted viva…!

—¿Acaso pensó que podrían conmigo?

—No, no… Yo… Bueno… ¡Santo cielo, he pasado los días más amargos de mi vida, y…!

—¿Cómo está nuestro compañero herido?

—¡Vaya…! Demonios, está en casa hace días, tan campante, cuidado por bonitas enfermeras, cuidado como un rey…

—Eso es lo que mis niños se merecen. Simón: llegaremos ahí dentro de unos cinco minutos, en un coche. Y no se inquiete: todo va bien. Besos. Hasta ahora.

Este es el final

Quedaba en el cielo el último rayo de sol cuando el coche llegó todo lo cerca que permitía el terreno que rodeaba el oasis. De aquel oasis, que a Suliman le constaba nadie utilizaba por haber cerca otros dos mucho mejores, apareció un hombre, que comenzó a caminar hacia el coche, pistola en mano.

Una sonrisa apareció en los labios de Suliman, mientras se volvía hacia el asiento de atrás, hacia Babilone.

—Su amigo no se fía de…

Suliman quedó súbitamente mudo, petrificado por el más grande asombro de su vida, al ver a Babilone. Ella sonrió, y se dispuso a salir del coche.

—Me quieren demasiado —dijo—. Lo cual me encanta. Nos despediremos aquí, Suliman.

Salió del coche, pero Suliman, que la seguía con la mirada, parecía incapaz de moverse. De pronto, salió del coche, y consiguió parpadear, mitigar un tanto su grandísimo asombro… al ver a la hermosa muchacha de piel dorada por el sol… Dorada, no negra… Era… una piel blanca a la que el sol había dado el brillo y el tono del oro. Seguía teniendo los ojos azules más bellos del mundo, pero su piel ya no era negra, no… Era blanca, blanca, blanca…

—Por Alá —jadeó el árabe—. Y que Él me ilumine para comprender…

—Se lo diré con pocas palabras —rió Babilone—, los efectos del «Blackcolor» han terminado precisamente durante este corto viaje desde El Otar al oasis. ¡Caracoles!, justo a tiempo, ¿verdad? Salga de su pasmo, muchacho —volvió a reír—, se trata de un pequeño invento de un amigo mío que da coloración negra al tejido cutáneo durante un determinado número de horas, y… Oh, ¿qué importa? Adiós, Suliman… Le deseo un feliz disfrute de su sultanato.

—Sí… Gracias… Yo…

Simón llegó. Se había guardado la pistola, y miraba a Babilone de tal modo que Suliman comprendió que aquel hombre se dejaría matar por aquella mujer. Ella lo recibió con un sonoro beso en cada mejilla, y el americano pareció el más feliz de los hombres…

—Alá le ilumine, Suliman —deseó Babilone—. Sobre todo, cuando tenga qué elegir a su esposa favorita.

Se abrazó a la cintura de aquel hombre, y él le pasó un brazo por los hombros. Fueron hacia el oasis… Suliman, clavado al suelo, todavía vio, un par de minutos después, elevarse el helicóptero.

«Por muy sultán que sea, por mucho que Alá me ilumine —pensó el árabe—, no creo tener la suerte de encontrar una favorita como Babilone…».

FIN